



Enrique Gaspar

El estómago

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Enrique Gaspar

El estómago

PERSONAJES ACTORES

MERCEDES
LAURA
PANCHO
ANTONIO
RICARDO
HILARIO
EL DOCTOR
UN CRIADO
UN COBRADOR

AL SR. D. JOSÉ AGUIRRE Y MATIOL

Querido Pepe: Acepta este pobre testimonio del fraternal cariño que te profesa

Enrique,

Atenas, 1873.

Acto primero

Comedor en casa de ANTONIO. A ambos lados de la puerta del fondo dos aparadores de encina. Mobiliario de la misma madera tapizado de cuero de Rusia. En el centro una mesa, y sobre ella, pendiente del techo, una gran lámpara. Puertas laterales, chimenea, jardineras con plantas y flores, alfombras y colgaduras. Los muros pintados al óleo con representaciones de naturaleza muerta y paisajes, y en los intersticios candelabros, estatuas y jarrones. Al levantarse el telón los personajes aparecen almorzando. Un criado con frac y guante blanco sirve la mesa.

Escena I

MERCEDES, de frente al público, da su derecha a HILARIO, ANTONIO de espaldas al espectador, da la suya a LAURA.

HILARIO.- ¿Y aquel muchacho que conocí yo en Cuba?

ANTONIO.- ¿Cuál?

HILARIO.- Aquel que estaba siempre en tu casa. Creo que era sobrino tuyo.

MERCEDES.- ¿Damián?

HILARIO.- No, no se llamaba Damián.

LAURA.- Usted se refiere sin duda a Pancho.

HILARIO.- Justo, Pancho. Veo que Laura ha comprendido mejor que nadie la intención de mi pregunta.

LAURA.- No, sino que como mi primo era un genial, he calculado que antes él que otro alguno debía excitar el recuerdo de usted.

HILARIO.- ¡Vamos! A mí se me figura que los primos...

LAURA.- ¡Qué error!

HILARIO.- Y perdone usted si me permito una broma, que a no ser por la intimidad que me une a su padre de usted, tendría todas las apariencias de una indiscreción.

MERCEDES.- De ningún modo.

LAURA.- Nada más natural por otra parte que el que un ministro de Estado se entere del de las personas que le son queridas.

HILARIO.- Si colocase usted la franqueza al nivel de su talento, acabaría usted por confesarme que tengo razón.

MERCEDES.- Ciertamente que hubo alguna simpatía...

ANTONIO.- Que por fortuna pudimos cortar a tiempo.

HILARIO.- ¡Ah!

ANTONIO.- Tú conoces la rectitud de mis principios, y te consta que para nada entra en mis cálculos el lucro.

HILARIO.- Tu posición te exime además de tales propósitos.

ANTONIO.- Pero la integridad no se la perdono a nadie. Por consiguiente yo no podía dejar tomar proporciones de una pasión a un capricho que estaba muy lejos de llenar mis modestas aspiraciones.

HILARIO.- Según eso tu sobrino...

ANTONIO.- Es un muchacho de muchísimo talento.

MERCEDES.- Y de un fondo excelente; pero de una cabeza destornillada. Es un hombre que como tenga un duro en el bolsillo, se quedará sin él por socorrer a un desgraciado; pero como carezca de dinero para satisfacer un vicio, no reparará en los medios para procurárselo.

ANTONIO.- Muy joven aún, quedó solo en el mundo y dueño de una pingüe fortuna, que se dio muy buena prisa en disipar.

HILARIO.- Si quieres que yo haga algo por él no tienes más que indicar lo que te plazca, y...

ANTONIO.- Te lo agradezco; pero es inútil, porque hace más de tres años que ni su paradero nos es conocido. (LAURA se enjuga una lágrima.)

HILARIO.- Me parece que estamos afligiendo a Laura.

LAURA.- ¡Oh! No. El recuerdo de mi primo no despierta en mí otro sentimiento que el que naturalmente me inspiraría un desgraciado cualquiera. Por lo demás...

MERCEDES.- Sí, por lo demás, a los veinte años no tardan mucho en llenarse los vacíos del corazón.

HILARIO.- Entonces del mal el menos. Pero con todo, doblemos la hoja.

ANTONIO.- Sí, cambiemos de conversación. Di, ¿cuándo cae el ministerio?

HILARIO.- ¡Hombre! Acabamos de tomar posesión como quien dice. ¿Tan mal nos quieres?

ANTONIO.- No; te profeso un cariño acendrado; pero en política ya sabes que diferenciamos mucho.

HILARIO.- Aún he de verte militar en mis banderas.

ANTONIO.- No lo esperes, Hilario. La consecuencia es la base de mi carácter.

MERCEDES.- Di que, gracias a Dios, no necesitas de la política para vivir; de otra suerte harías ejercicios gimnásticos como tantos otros.

HILARIO.- Tiene razón Mercedes. El hombre de posición está exento de apostasías; pero el que vive de la cosa pública no tiene más remedio que defender los garbanzos haciendo transacciones con su conciencia.

ANTONIO.- Mal hecho.

HILARIO.- Convenido; pero eso es lo que sucede. Voy a referirte una anécdota de que he sido testigo, y que da la norma de la veleidad del criterio humano. Al día siguiente de estallar en Cádiz el movimiento de Setiembre, un gitano, conocido con el apodo del tío Volteretas, recorría las calles de la ciudad, caballero en un corcel, término medio entre mojava y pergamino, blandiendo un sable, que sin duda por verse en tales manos, en vez de brillar ocultaba su rostro con el orín de la vergüenza.- «¡Viva la revolución!» gritaba con voz aguardentosa a la turbamulta de chiquillos que tras él corría, y en cada templo de Baco que encontraba en su carrera, apeábase del noble bruto, confiándolo a la custodia de su séquito; rendía el holocausto de una triple libación, y repitiendo su entusiasta grito, volvía a envilecer su cabalgadura, arrojando sobre ella el ignominioso peso de su desnivelada humanidad. Cátate que en una de las apeaduras, el palafrenero estima conveniente apropiarse el cuadrúpedo, y escapa sobre él con gran contentamiento del auditorio.- «¡Viva la revolución!» articula nuestro héroe, presentándose en el umbral; pero al presentir infante al que momentos antes fuera caballero: -«¿Y mi jaco?» pregunta. «Te le han robao:» responde el coro sazonando la noticia con silbidos y carcajadas.- «¡Robao!...» exclama; y envainando el sable con desaliento: -«Es claro,» añade: «Si esto no es revolución ni es basura ni es na.» -Ahora dime tú si en cada esquina no tropezamos diariamente con un tío Volteretas.

ANTONIO.- ¿Y qué quieres demostrarme con eso?

HILARIO.- Que la política tiene una relación directa con el estómago; y como el tuyo se halla al abrigo de toda eventualidad, puedes alardear impunemente tu consecuencia.

MERCEDES.- Indudablemente que la Providencia nos ha colmado de dones, no siendo el menor la pingüe fortuna de que disponemos; pero figúrese usted que todos nuestros bienes consisten en el ingenio que usted conoce.

HILARIO.- Basta con él para poderse llamar archimillonario.

MERCEDES.- Convenido; pero en primer lugar la salud de Antonio no le permite continuar en la isla al frente de su industria, lo que aminora en mucho los beneficios; y después, los negocios están sujetos a fluctuaciones imprevistas, y si un contratiempo nos

condujera a la ruina, no sé cómo podría hacer frente a ella mi marido, careciendo de otra ocupación que la de potentado.

ANTONIO.- Quien te oiga creerá que mis riquezas me han llovido del cielo como el maná, y que nada he hecho yo por mi parte para acrecentarlas.

MERCEDES.- Nadie pone en duda tu laboriosidad, pero fuerza te será convenir conmigo en que una posición oficial, sobre darte muchísima importancia, facilitaría tus asuntos financieros; porque ¿cuántos negocios no se hacen con la política? ¿Verdad, Hilario?

HILARIO.- No soy yo ciertamente, Mercedes, el llamado a dar fe de tal aserto; pero no puede negarse que la vida pública tiene alicientes irresistibles.

MERCEDES.- Hay en ella un brillo, un esplendor... Sin ir más lejos, antes de ayer, en el baile de la duquesa, todo el mundo admiraba el aderezo de Madame Strasbourg, idéntico a uno que me ha regalado Antonio por el aniversario de nuestra boda, y del que nadie se ha ocupado. Y todo consiste en que ella es la esposa de un diplomático y yo no.

HILARIO.- Puede usted serlo con poco que me ayude a catequizar a este puritano. (Por ANTONIO.)

MERCEDES.- ¿De veras?

LAURA.- ¡Qué gusto!

MERCEDES.- Anda, Antonio, sé razonable; es decir, sé embajador. Una cabriola cuesta tan poco...

ANTONIO.- Ya está mi mujer bañándose en sus ilusiones, sin reparar en que al darla gusto había de procurar la mortificación de mi conciencia.

MERCEDES.- Aquí puede decirse aquello de Mortifícate, cuerpo, y come gallina.

HILARIO.- Vamos, elige la residencia.

LAURA.- Londres, papá.

MERCEDES.- No, que yo no sé inglés.

LAURA.- Pero en Inglaterra se pagan muy bien los cuadros.

MERCEDES.- Comprendo tu intención.

LAURA.- (Aparte.) ¡Pobre Ricardo!

ANTONIO.- Todas las mujeres se parecen; yesca que prende a la chispa del primer pedernal con que se la pone en contacto. No están viendo que todo es una broma.

MERCEDES.- Lo que tú quieres ahora es convencerte de que son veras.

ANTONIO.- ¿Yo? ¡Oh sexo inconsecuente y mudable! Todo lo mides por tu rasero. (En este momento, servidos los postres, el criado ha desaparecido.)

HILARIO.- Pues bien, Antonio. ¿A qué andar con astucias diplomáticas? Prefiero hablarte el lenguaje de la amistad. La política que el gobierno trata de desenvolver en Cuba, exige el concurso de personas influyentes en la isla, y el gabinete ha puesto en ti los ojos. Queremos afiliarte a nuestros principios.

ANTONIO.- ¿Y para ello me proponéis una venta?

HILARIO.- Si tú traduces como tal mi ofrecimiento...

ANTONIO.- ¿Cómo explicármelo de otra suerte?

HILARIO.- Por la imprescindible necesidad de que patentices con un acto público tu identificación con nuestro programa.

ANTONIO.- Yo os agradezco mucho la significación que queréis atribuirme, pero no me es posible acceder a vuestros deseos. Es más, prefiero creer que te chanceas.

MERCEDES.- ¡Qué afán de querer vivir ignorado de todo el mundo, de perder la ocasión de relacionarse con las primeras entidades de Europa!

HILARIO.- Es preciso dejarle tiempo de reflexionar. No seamos exigentes. (Mirando su reloj.)

LAS DOS.- No me puedo detener.

ANTONIO.- ¡Cómo! ¿ya te vas?

HILARIO.- Pido a ustedes mil perdones; pero un hombre público no se pertenece nunca.

ANTONIO.- Aguarda, hombre, nos servirán aquí mismo el café.

HILARIO.- Imposible. Estoy citado a consejo y voy a llegar con media hora de retraso.

HILARIO.- os ser el café

MERCEDES.- ¿Y no le catequizamos?

HILARIO.- Ayúdeme usted en mi ausencia. Yo la ofrezco volver en breve a ejercer mi propaganda.

MERCEDES.- ¿Hoy mismo?

HILARIO.- Por supuesto.

ANTONIO.- Será inútil.

HILARIO.- (Despidiéndose de las señoras.) Allá veremos. Mercedes, Laura... (A ANTONIO.) Adiós, Washington.

ANTONIO.- Adiós, Machiavello. (Vase HILARIO.)

Escena II

LOS MISMOS menos HILARIO.

MERCEDES.- Cuidado si la nación va a quedarte reconocida. Hasta hoy se había citado como modelo de simplicidad al Bobo de Coria; pero en adelante se debe decir el bobo de mi marido. (El criado sirve el café.)

ANTONIO.- Indudablemente el carácter de la mujer consiste en no tener ninguno.

MERCEDES.- No tal. La diferencia estriba en que nosotras hablamos con el corazón, mientras que vosotros tenéis un ergo o un distingo con que defender las mismas veleidades que nos atribuíis.

ANTONIO.- Eso es una apreciación tuya.

MERCEDES.- De sobra sabes que no. Yo te incito a abdicar de tus opiniones, y confieso ingenuamente que lo hago por el placer de levantarme dos dedos más sobre el nivel del mundo que me rodea; en tanto que tú, si por vanidad o por hambre las abjurasas un día, a buen seguro que las palabras hambre y vanidad quedarían borradas para siempre de tu vocabulario. Yo no sé lo que tú eres, porque es difícil saber lo que son los españoles; pero si dices un paso atrás no faltaría para cohonestarlo aquello de «sálvense las colonias aunque perezcan los principios,» mientras que si lo dices adelante: «el progreso sería una ley inmutable de la naturaleza, ante la que nada resiste.»

ANTONIO.- Hablas ya como una embajadora depuesta.

MERCEDES.- Peor; porque al fin y al cabo el que ciega después de haber conocido el mundo puede vivir con el recuerdo.

ANTONIO.- Pues vamos, resígnate si sabes y calla si puedes.

LAURA.- La verdad es que en esta ocasión y contra tu costumbre eres poco amable con nosotras.

ANTONIO.- Salimos del registro grave para entrar en el agudo.

LAURA.- Una ocasión tan favorable que se te presentaba de pedir la plaza de secretario para Ricardo.

ANTONIO.- Sí; y la de arzobispo para el cura que te bautizó. Nada; me echaré una esportilla al hombro y diré en el ministerio que me la pongan bien llena.

LAURA.- Es que Ricardo no es una persona extraña para ti.

ANTONIO.- Pero no porque sea tu Medoro voy yo a aplicarle como una sanguijuela a las venas del presupuesto. Él tiene muchísimo talento y sus pinceles le bastan para abrirse las puertas de la fortuna y de la gloria.

MERCEDES.- Sí; para comprar cuadritos está la gente.

LAURA.- Su estudio está lleno de lienzos sin poder dar salida a ninguno.

ANTONIO.- Pues que aguarde mejor ocasión.

LAURA.- Es que... Yo no sé cómo decirlos una cosa.

MERCEDES y ANTONIO.- ¿Cuál?

LAURA.- Que alentado al saber por mí que nuestro casamiento no hallaría oposición por vuestra parte, creo que está decidido a hacer hoy la demanda oficial.

ANTONIO.- ¡Hombre!

LAURA.- ¿Irías a oponerte después de haberme hecho consentir?

ANTONIO.- No. He dicho «¡hombre!» como hubiera podido decir...

LAURA.- No creo que tengáis razón alguna para rechazarle como a Pancho.

ANTONIO.- Ciertamente que no. Es un joven inteligente, de una honradez acrisolada, y parece amarte.

LAURA.- ¡Oh, mucho!

MERCEDES.- ¿Y cómo lo sabes?

LAURA.- Porque él me lo dice.

MERCEDES.- También tu padre me juraba que se sometería a mis menores caprichos, y ahora me rehúsa hasta mis mayores deseos. Los hombres, hija mía, son como el dios Jano, que tienen una cara para el pasado y otra para el porvenir.

ANTONIO.- En cambio vosotras no tenéis más que una para contemplar el presente. En fin, volviendo a Ricardo, no puedo menos de felicitarle, porque si bien es cierto que carece de fortuna, la tuya es pingüe, y nada más justo que compartirla con el mérito y la virtud. ¿No eres tú de mi opinión, Mercedes?

MERCEDES.- Estamos completamente de acuerdo.

LAURA.- ¡Qué buenos sois! (Abrazándolos.)

CRIADO.- (Anunciando.) El señorito don Ricardo.

LAURA.- ¡Ay! Me voy corriendo. Yo no quiero presenciar la entrevista. Dadle ánimos, porque me consta que tiene un miedo cerval. Ya llega. (Vase.)

Escena III

MERCEDES, ANTONIO y RICARDO.

ANTONIO.- Adelante, señor don Ricardo. Siéntese usted.

RICARDO.- (Dando la mano a entrambos.) ¡Cómo! ¿Aún de sobremesa?

MERCEDES.- Sí; hemos tenido gente... ¿Quiere usted que le sirvan el café?
(Invitándole a sentarse.)

RICARDO.- Gracias. (Pausa.)

ANTONIO.- ¿Se ha pintado mucho hoy?

RICARDO.- Apenas. Me encontraba algo nervioso. (Ídem.)

MERCEDES.- (Aparte, viendo la emoción de RICARDO.) (¡Cómo se le nota la emoción!)

ANTONIO.- ¿Le ocurre a usted algo grave?...

MERCEDES.- En efecto, viene usted alterado.

RICARDO.- Pues sí... es verdad. Un paso que tengo que dar cerca de ustedes, y que acaso sospechen ya, me vuelve cobarde y balbuciente.

ANTONIO.- ¿Confía usted tan poco en nuestro cariño?

RICARDO.- ¡Oh! Todo lo contrario. Es que temo aparecer a los ojos de ustedes distinto de lo que soy.

ANTONIO.- Explíquese usted.

RICARDO.- Usted es rico y yo no tengo más bienes que mi trabajo; amo a Laura con delirio, y no quisiera que al pedir su mano se creyese que trataba de aprovecharme de los azares de la fortuna. Si me consideran digno de darla mi nombre, dejen ustedes que me lo deba todo a mí.

ANTONIO.- Esa conducta le honra a usted sobremanera, y la simpatía que siempre le hemos demostrado a usted nos excusa de patentizarle nuestra satisfacción en este momento.

RICARDO.- ¡Ah! Gracias. (Estrechando la mano de ambos.)

MERCEDES.- Otro que usted, acaso despertara en nosotros esos escrúpulos; pero conociendo la rectitud de sus intenciones, me permitirá usted que le dé un consejo. Toda vez que su conciencia está tranquila, no desprecie usted una fortuna que después de todo no ha de ser usted sólo quien disfrute de ella, sino que ha de servirle para hacerle más agradable la vida a su mujer. Créame usted: «contigo amor y faisanes,» es preferible a «contigo pan y cebolla.»

RICARDO.- No obstante...

MERCEDES.- ¡Qué tontería!... ¿Pues qué, la inteligencia de que se halla usted dotado no constituye un capital?

ANTONIO.- Te diré, Mercedes; tienes razón en lo que dices, pero la delicadeza de Ricardo está también justificada. Un hombre que se estima, no gusta de vivir a expensas de su mujer, y por desgracia, la época que atravesamos no es la más a propósito para que las artes puedan por sí solas constituir una posición independiente. Así, yo creo que sin perjuicio de la dote de nuestra hija, Ricardo debiera ingeniarse para aportar algo, no porque lo necesite, sino para que su autoridad de marido no se vea rebajada nunca, teniendo que ceder a la presión de la mano que le mantiene.

RICARDO.- Dice usted bien; pero ¿cómo hacerlo? ¡Ah! Si los hombres llenasen sus deberes, no me vería hoy en el trance de luchar con mi amor y mi pobreza.

MERCEDES y ANTONIO.- ¿Pues cómo?

RICARDO.- Es una historia de amargura que no me atrevo a relatar, porque en ella juega un papel poco simpático un individuo de su familia.

ANTONIO.- ¿De mi familia?

MERCEDES.- ¿Quién?

RICARDO.- Don Álvaro Viniegra.

ANTONIO.- ¡Mi tío!

MERCEDES.- Ese avaro que entierra su dinero ganado por tan malas artes.

ANTONIO.- Puede usted hablar con toda confianza. Hace mucho tiempo que nuestras relaciones con él están interrumpidas, y mi único sentimiento es que persona tan abyecta lleve mi apellido.

MERCEDES.- ¿Y qué le ha sucedido a usted con ese caballero?

RICARDO.- El haber perdido con él mi escaso patrimonio. Cuando mi padre tuvo que emigrar a Francia por los acontecimientos del cuarenta y ocho, depositó en manos de Viniegra el producto de sus economías, que se elevaban a veinticinco mil duros. Más tarde, al querer recobrar su dinero, el depositario había desaparecido, sin que ni el recurso quedará de poderle someter a la acción de los tribunales, pues el recibo, preparado con una sustancia corrosiva, no existía ya.

MERCEDES.- ¡Qué infamia!

ANTONIO.- Conocía el hecho; pero ignoraba que hubiese tenido lugar con su padre de usted.

MERCEDES.- ¡Bribón!

RICARDO.- Y mientras yo me afano por hacer patente mi integridad y seguir las honradas tradiciones de mi padre, él atesora sus bienes cerrando los oídos a la conciencia.

ANTONIO.- ¿Y por qué no hace usted una tentativa?

RICARDO.- ¿Cuál?

ANTONIO.- Irlé a ver; hablarle al alma, recordarle su pasado, y reclamar lo que tan suyo es.

RICARDO.- ¿Y se hace usted la ilusión de que con hombre semejante pueda sacarse el menor partido?

ANTONIO.- Quién sabe. Ya es viejo, y a su edad el temor de la muerte, es posible que haya modificado su conciencia. Yo no sé cómo viven de ese modo. A mí ese dinero me quemaría las manos; me faltaría el tiempo conociendo como conozco su origen, para entregárselo a su legítimo dueño (Indicando con la acción a RICARDO.) y descargarme de peso tan enorme.

RICARDO.- No todos participan de la integridad que le distingue a usted.

MERCEDES.- ¿Y qué se pierde en probar?

ANTONIO.- Sí; hágalo usted. Todos tenemos nuestro cuarto de hora, y si a él se le pillá en el suyo...

RICARDO.- Lo intentaré, y para no arrepentirme voy a aprovechar el instante en que el consejo de usted resonando aún en mi oído me infunde con la esperanza un valor de que no me creía capaz. (Levantándose.) Por supuesto, abrigo la persuasión de que mi esfuerzo será inútil, y en ese caso...

ANTONIO.- (Estrechándole la mano.) En ese caso, quiero demasiado a mi hija para que, sabiendo el amor que le profesa a usted, deje yo de procurar a su prometido los medios de que sin humillarse pueda llamarse su esposo.

RICARDO.- ¡Ah! (Conmovido estrecha la mano de ambos y vase enjugándose una lágrima de reconocimiento.)

Escena IV

MERCEDES y ANTONIO.

MERCEDES.- ¡Pobre muchacho!

ANTONIO.- Digno de mejor suerte.

MERCEDES.- Cuántos hay que sin valer lo que él son... secretarios de embajada.

ANTONIO.- «En la olla tengo la tema que se me quema.»

MERCEDES.- Sí; y «el que lava la cabeza a un burro negro, malgasta el jabón y el tiempo.»

ANTONIO.- Después de darte las gracias por la delicada aplicación de tu proverbio, te suplico que no insistas más en tu manía si no quieres que nos disgustemos seriamente (Pausa.) ¿No han traído el correo?

MERCEDES.- No; y creo que es la vigésima vez que me haces hoy la misma pregunta.

ANTONIO.- Estoy tan impaciente.

MERCEDES.- ¿Por qué?

ANTONIO.- Porque aguardo letras de la Habana.

MERCEDES.- Pues ten paciencia, que ya llegarán. No creo que necesites el dinero para comer.

ANTONIO.- Para comer precisamente, no; pero, pasado mañana me vence un giro de cien mil reales, y además tengo que pagar tu aderezo y algunas friolerillas, y escasamente me quedan mil duros en caja.

MERCEDES.- ¿Te faltaría crédito por ventura?

ANTONIO.- ¡Crédito! ¿Tú crees que yo hago en Madrid la vida de comerciante? Aquí me descuentan mis letras; pero en cuanto abrirme cuenta corriente, no lo he intentado nunca; además de que sería hasta cierto punto humillante para mí... En fin, esperemos. (Voces dentro de amenaza y resistencia.)

MERCEDES.- ¡Eh! ¿Qué ruido es ese?

ANTONIO.- En efecto. Algo ocurre.

MERCEDES.- Fuego tal vez.

ANTONIO.- Veamos. (Van a salir y el CRIADO se presenta.)

Escena V

Dichos, el CRIADO, y a poco PANCHO, traído a empujones por gente del servicio, y con el mayor desorden en el traje.

MERCEDES.- ¿Qué pasa?

CRIADO.- Un hombre que sin duda ha entrado en la bohardilla, y a quien hemos sorprendido en la escalera interior tratando de escaparse. Debe ser un ladrón por las trazas. Aquí le traen ya.

VECES.- Ande usted, bribón...

PANCHO.- Canallas. Mientras no mordáis, ladrad cuanto se os antoje. (Apareciendo.)

ANTONIO.- ¡Esa voz!

MERCEDES.- (Reconociéndole con asombro.) (¡Pancho!)

PANCHO.- (Aparte.) (¡Mi tío!)

ANTONIO.- (A los criados.) Dejadnos todos.

CRIADO.- Pero...

ANTONIO.- Fuera he dicho. (Todos los criados se van mirándose con sorpresa.)

PANCHO.- (Aparte.) (Tuve suerte en el elijan.)

MERCEDES.- (Ídem.) (No vuelvo de mi asombro.)

ANTONIO.- (Ídem.) (¿Él aquí?)

PANCHO.- (Ídem.) (Estos compases de espera anuncian un acorde solemne.)
(PANCHO debe llevar impreso en su porte y en sus ademanes el sello de una desfachatez sin límites, despertando al propio tiempo la simpatía.)

Escena VI

MERCEDES, ANTONIO y PANCHO.

ANTONIO.- ¿Tú en Madrid y entrando en mi casa como un malhechor? ¿Podrías explicarnos tu conducta?

PANCHO.- Ciertamente que sí.

ANTONIO.- Pues habla.

PANCHO.- Sentémonos, (Se sientan.) porque aunque los discursos se pronuncian mejor de pie, no traigo pretensiones oratorias, y en cambio me propongo abusar de la atención de mis oyentes.

MERCEDES.- (Aparte.) (Siempre el mismo.)

ANTONIO.- Al asunto.

PANCHO.- Es usted impaciente, mi querido tío. Si en los actos humanos se suprimieran las digresiones, siguiendo siempre la inflexibilidad de la recta, la vida resultaría angulosa y la cimbreante línea curva no tendría razón de ser en la geometría abstracta de la existencia.

ANTONIO.- ¿Hablarás?

PANCHO.- Estaba haciéndolo, y si me he callado, ha sido por la interrupción de usted.

MERCEDES.- ¿Si estorbo?...

PANCHO.- De ningún modo. No trato de pedir el secreto de nuestra conferencia.

MERCEDES.- No pecas de lisonjero.

PANCHO.- Es acaso mi sola virtud.

ANTONIO.- Procura ser breve.

PANCHO.- Non possumus. Pero no se alarme usted, porque el rodeo que vamos a dar es necesario, instructivo y ameno. Usted quiere saber cómo al cabo de tres años de ausencia me encuentro en Madrid, en su casa y con todas las apariencias de un malhechor, y yo para satisfacer su deseo me voy a permitir una pregunta: ¿Ha almorzado usted ya?

MERCEDES y ANTONIO.- ¿Qué? (Con extrañeza.)

PANCHO.- Sírvase usted responderme, porque es muy interesante la consecuencia.

ANTONIO.- Y bien. Sí.

PANCHO.- ¿Observa usted si la digestión se verifica con regularidad?

ANTONIO.- Perfecta; pero no alcanzo la relación que puede tener mi estómago con tu conducta.

PANCHO.- La más íntima. El estómago, fisiológicamente definido, no es otra cosa que el órgano principal de la digestión pero filosóficamente considerado, es la fuerza motriz de las acciones humanas, el regulador de las condiciones morales del individuo, el dueño absoluto de su conciencia. Ser persona de estómago, tener buen estómago, etcétera, etc., son otros tantos modismos con que en forma metafórica, patentiza la influencia de ese órgano nuestra hermosa y rica lengua castellana. ¿Contrae usted una enfermedad? Lo primero que el médico procura, es limpiarle a usted el estómago, porque de su policía depende el evitar serias complicaciones. ¿Se trata de darle a usted una mala noticia? Siempre se espera a que la digestión haya pasado. ¿Presencia usted un espectáculo cruento? Antes que la sensación del dolor, experimenta usted la de la náusea. Le preguntan a usted qué hora es, y su reloj está parado. ¿Por qué responde usted con persuasión: «debe ser tarde.» Pues es muy sencillo: -Debe ser tarde, dice usted, porque ya me llama al estómago. Un susto, un baño, una impresión, un incidente cualquiera es al estómago lo que un grano de polvo al volante de un cronómetro. Para impedir que paralice sus funciones, hay que ponerlo entre cristales. He aquí por qué le pregunto yo a usted el estado del suyo, porque de una buena o mala digestión depende el que usted me escuche con más o menos benevolencia.

MERCEDES.- Tienes mucha razón en lo que acabas de exponer.

ANTONIO.- Pero en todo ello no hay más que una serie de resultados físicos, que no prueban, como quieres suponer, el dominio del estómago sobre las condiciones comunes del hombre.

PANCHO.- Ahora vamos a tratarlo bajo ese punto de vista, porque para comprender el número dos, es preciso tener conciencia de la unidad, y fuerza es que el estómago sea, para que se revele el tirano.

ANTONIO.- Resignémonos. Habla.

PANCHO.- «Si es que el pobre puede ser honrado», dice Cervantes en su inmortal Quijote; y esta sola autoridad es la prueba más concluyente de mi aserto. Que la persona que come sea virtuosa, nada tiene de particular, porque en su estado bonancible, cada sentimiento ocupa el sitio que la naturaleza le ha destinado; pero tener igual exigencia sobre el que ayuna, es el mayor de los absurdos. Pues ¡qué! ¿Un estómago deprimido no altera con sus contracciones el resto de la economía? El histericoso vapor que exhalan sus desnudas paredes, cree usted que sube impunemente al cerebro, centro y llave de nuestro organismo? No, no es la dolencia física quien arranca la lágrima del padre, a quien sus hijos piden pan y a los que sólo puede contestar con un bostezo. No son dos pesetas diarias de entusiasmo político las que ponen un fusil en las manos del insurrecto mercenario, que como recurso supremo busca una bala que digerir en su abstinencia. No abjura de sus principios el hombre de estado por arrojar en la balanza de la pública felicidad el peso de sus convicciones. No prostituye la mujer su cuerpo y su alma por la sola satisfacción de los sentidos que tan fácilmente embota el abuso. No; hay en todo ello algo más serio, más grave, más aborigen, y es ese maldito estómago sin paciencia y sin oídos, que ante un puñado de sardinas y una botella de lo tinto, no tiene para sus compañeros de organismo más que embrutecimiento, abyección e indiferencia, mientras que al abono de la trufa y al rocío del champagne, hace brotar la inteligencia y los sentimientos elevados como flores exóticas, para cuya vegetación fuera indispensable el auxilio de su estufa. La historia de la humanidad se sintetiza en Esaú, vendiendo a Jacob su primogenitura por un plato de lentejas.

ANTONIO.- Es decir que, según tus teorías, ¿sólo el rico posee la virtud? Pues algunos ejemplos pudieran desmentirle.

PANCHO.- La excepción, tío, no hace más que confirmar la regla. La explicación de ese fenómeno es lógica y natural.

ANTONIO.- Te suplico que la suprimas y pienses que tu posición respecto a nosotros reclama la justificación inmediata de tu presencia aquí.

MERCEDES.- (Aparte a ANTONIO.) (Déjale.)

PANCHO.- Para ustedes los comerciantes, el tiempo es oro; para mí es una cosa que tengo que pasar, y que por consiguiente disipo para que se acabe aprisa. Déjeme usted, por lo tanto, desenvolver mi discurso, pues nada de lo que digo es ajeno a mi humilde personalidad.- ¿Usted conoce la música?

ANTONIO.- ¿Yo? Muy poco.

PANCHO.- Será, sin embargo, lo bastante para que usted me entienda. Sabrá usted, y por si lo ignora, apréndalo, que el pentágrama es el renglón formado por cinco rayas, en que el papel pautado trasmite al pulmón o al instrumento las concepciones de la inteligencia. Las notas, que son siete, como los días de la semana, los pecados capitales, las plagas de Egipto, las Partidas, las Cabrillas, los infantes de Lara y los niños de Écija, las notas, repito, forman todo un sistema social. Fíjese usted, empezando por la línea inferior, en aquel grave mi, que con medio cuerpo dentro y medio fuera de su raya, parece el jornalero temporero a quien las intermitencias de su trabajo tienen reducido a media ración. Tras él viene el fa, el bracero a perpetuidad, que sin tiempo de envidiar a los de arriba, se cree muy dichoso al mirar hacia abajo con que en la escala le haya cabido en suerte todo un espacio siquiera sea el más ínfimo. El sol es el primer vagido de la ambición mundana. Es el hijo del fa, avergonzándose de la gorra de su padre y poniéndose de puntillas por traspasar la segunda raya con su sombrero de copa. El espacio siguiente le ocupa el bajo comercio, el tendero honrado, que sin pretensiones de don y a cierta distancia del tío, apellídase modestamente el señor la. El si, colocado en el centro del renglón, es la clase media: equidistante del esplendor y de la miseria, propende al primero en los actos públicos y participa de la segunda en los privados. Es una nota que pertenece a todas las tesituras, y que atravesada por la que yo llamo línea equinoccial del pentágrama, diríase el empleado oficial que por arriba espera un ascenso, mientras que por abajo tiene una cesantía. El do es el propietario que, apoyándose en las clases inferiores y siendo el regulador del tono, tiene cierto derecho a ocupar el cuarto más cómodo de su casa. El re ya entra en la categoría de las notas de lujo; representa la alta banca, el gran mundo oficial; por eso vive ensartado por una línea para indicar que montado al aire está sujeto a todas las fluctuaciones de la fortuna. El mi forma la aristocracia del talento y de la alcurnia. Finalmente, el fa es el sacerdocio coronando la obra, con sus raíces enclavadas en el mundo material y la frente perdida en el vacío en averiguación de lo eterno e infinito en el tiempo y en el espacio.

MERCEDES.- Es ingenioso.

ANTONIO.- Pero la consecuencia de todo ello...

PANCHO.- La consecuencia es la siguiente. Ese grupo de figuras, que se agita en un elemento fijo, tiene la obligación de ser virtuoso, porque se halla dentro de su naturaleza está perfectamente encajado en su hábito, respira el aire propio de su elemento. Pero hay otras notas a quienes el pentágrama rechaza de su seno y que para vivir necesitan el concurso de las líneas auxiliares. Y sabe usted lo que significan esas infelices paseando a cuestas las rayas, único albergue de su existencia, como el caracol su concha o la caravana su aduar? Pues el do grave es el propietario a quien los embates de la fortuna han privado de su cómodo alojamiento para condenarle a vivir atravesado con un palitroque; el la agudo es el bracero que de un salto ha puesto a sus pies el genio y los pergaminos. Y quiere usted que el primero soporte su miseria con la resignación y probidad del que no ha conocido otra atmósfera, y que el segundo participe de la hidalguía de carácter del rico originario, cuando el Champagne con que remoja sus fauces no es más que una ostentación de la riqueza, y acaso a hurtadillas se enjuaga después la boca con un vaso del intemperante Peleón? No, tío, fuera del pentágrama todo es absurdo y violento: si baja usted los ojos, no tropieza con pobres sino con desheredados; si los levanta, en vez de magnates sólo encontrará

advenedizos. Y aquí llegamos por fin a la aplicación de mis teorías en el... caso concreto del que tiene el honor de dirigirles a ustedes la palabra.

ANTONIO.- Gracias a Dios.

MERCEDES.- (Aparte a su marido.) Pues yo quisiera que sus digresiones no se concluyesen nunca.

PANCHO.- La fatalidad, la desgracia, mi propio carácter, no sé quién me ha hecho descender del elevado pedestal de mi opulencia a la cripta más inmunda del pauperismo. Ustedes no lo ignoran como no ignoran tampoco que yo no soy un malvado; pero al levantar la cabeza y ver sobre el re profundo de mi diapasón aquel artesonado de líneas auxiliares, lo confieso, me he revolcado en el cieno de mi cloaca y he paseado por el mundo mi hedionda corteza con toda la desfachatez de la desesperación. Mi propósito era reconquistar, no mi esplendor pasado, pero sí cierto bienestar, con que, merced a un baño de limpieza, pudiera mostrarme en mi primitiva forma. Y al cabo mi sueño se ha convertido en realidad.

MERCEDES y ANTONIO.- ¡Cómo!

PANCHO.- Hace tres días que he llegado de la Habana con una comisión que no es necesario referir; básteles a ustedes saber que es tan digna y decente como cuantas acepta el estómago que ha entrado en el período de la extenuación. Por fortuna no venía solo; me acompañaban mil pesos conque anticipadamente se me había remunerado, y ante los cuales me hice esta reflexión. Mil pesos para un hombre de tus antecedentes no constituyen un capital. Saborearlos a pausas, invirtiéndolos en placeres salteados, impropios de las privaciones que para procurártelos habrías de imponerte, sería como exigir una suma de cantidades heterogéneas. Es preferible que te los gastes en diez días, haciéndote la ilusión de que tienes treinta y seis mil duros de renta anual. Y ya me disponía a realizar mi proyecto, cuando una inspiración nacida al primer sorbo del Laffitte que bebía después de tres años, púsome a mis ojos en la categoría de los héroes. Diez días, me dije, un momento de felicidad para caer de nuevo en el abismo. ¡Oh, no! Eso sería como engañar al estómago hambriento, dándole un vaso de absenta para hacerle creer que va a asistir a un banquete. O César o nada. Y del blanco mantel de la mesa del restaurant, di conmigo sobre el verde tapete de la mesa de juego.

ANTONIO.- ¡Bravo!

PANCHO.- Llegué; la casa estaba casi desierta; grité: «cabecera de mil duros,» y como el dinero tiene la propiedad de atraer los cuerpos con sus almas; al poco rato hubo un lleno. ¡A qué hacer relación de las peripecias del azar y de las fluctuaciones de la fortuna? Treinta y seis horas de un tirón he pasado en el garito, insultando con mi suerte a aquel absorto público que iba y venía en alas de la revancha, a traer nuevo combustible conque alimentar la hoguera. Y sabe Dios adónde nos hubiéramos detenido sin la voz del dueño, que al gritar: «La policía,» originó un «sálvese el que pueda» general. Yo recogí mis fondos, enfilé por la escalera arriba, y de tejado en tejado me colé por el primer reducto que me brindaba con un asilo. Sorprendiéronme; mi emigración se tradujo torcidamente; pero he dado con un juez a

quien puedo decirle: «De usted depende, querido tío, la regeneración de un hombre. La policía sigue mis pasos. O entrégueme usted a ella, en cuyo caso, apenas libre y sin dinero, volveré a mi vida aventurera, o sustráigame usted a sus pesquisas y guárdeme usted esta suma (Sacando paquetes de billetes.) con la que me propongo adquirir una dosis proporcional de virtud.» Y estoy seguro de que el sobrino y el desgraciado encontrarán albergue en el santuario de su conmiseración, si, como acaba usted de afirmarme, ha sido perfecta la digestión de un almuerzo saboreado en el espacio superior del pentágono social.

ANTONIO.- (Con cierto enojo.) ¡Cómo! Pretendes que yo...

MERCEDES.- ¡Vamos! Deja aparte tus rigores y piensa que es a un individuo de tu familia a quien vas a dispensar un favor de consecuencias incalculables.

ANTONIO.- ¡Yo patrocinar a un hombre que tan tranquilamente usurpa su producto al trabajo y al ahorro!

PANCHO.- No, tío, este producto es un dinero que estaba destinado a pérdidas y ganancias en el libro mayor de la fatalidad.

ANTONIO.- Prostituirse de ese modo y acaso por una miseria.

PANCHO.- No es mucho efectivamente. Aquí (Por los billetes y con marcada intención.) no hay más que cuarenta mil duros.

MERCEDES y ANTONIO.- (Asombrados.) ¡Cuarenta mil duros!

PANCHO.- (Aparte.) (Acabo de pasar la esponja a mi pasado. ¿A que ya no me vilipendian?)

MERCEDES.- Pero eso es una fortuna.

PANCHO.- Hay para poner el puchero y observar una higiene moral con el caldo de la honradez.

ANTONIO.- Si es verdad, Pancho, que tratas de entrar en la buena vía, yo no puedo negarte mi concurso. Pero acuérdate que has visto al hambre muy de cerca, y trata de evitar su encuentro en adelante.

PANCHO.- ¡Tío! (Estrechándole la mano con afectada gratitud y entregándole los billetes.) En tus manos encomiendo mi espíritu.

ANTONIO.- (Tomando los billetes.) Voy a darte el recibo.

PANCHO.- ¿Recibo? ¿Usted a mí? ¿La virtud al vicio? ¡Oh! No me humille usted al otorgarme su protección.

ANTONIO.- Con todo... a muerte o a vida. En fin, se hará el recuento y después te lo daré.

PANCHO.- (Aparte.) (No deseo otra cosa.) (Alto.) Si pudiera reparar un poco el desorden de mi traje...

ANTONIO.- Al momento. (Toca un timbre y sale un criado.)

PANCHO.- ¡Ah! Y para que mi agradecimiento pueda manifestarse en todo su vigor, le agradecería a usted que me mandase disponer un almuerzo.

ANTONIO.- (Al criado.) Conduzca usted a mi cuarto a este caballero, y ponga usted un cubierto inmediatamente. (A PANCHO.) Da las señas de tu fonda para que recojan tu equipaje.

PANCHO.- ¡Cómo!

ANTONIO.- Espero que aceptes mi hospitalidad.

PANCHO.- ¡Ah! (Abrazándole.) Dios le conserve a usted eternamente ese estómago tan limpio. (Vase con el criado.)

Escena VII

MERCEDES y ANTONIO.

MERCEDES.- Tiene unas ocurrencias peregrinas.

ANTONIO.- No cabe duda que es hombre de muchísimo talento, pero esa cabeza tan destornillada...

MERCEDES.- Quién sabe si con la edad habrá cambiado.

ANTONIO.- Al parecer viene arrepentido.

MERCEDES.- Y que, como dice muy bien, su conducta ha reconocido por origen la falsa posición que ocupaba.

ANTONIO.- ¿Y antes?

MERCEDES.- Antes pagaba atributo a sus pocos años.

ANTONIO.- Tú siempre justificándole.

MERCEDES.- Me es muy simpático. Me hubiera causado un gran placer el que su boda con nuestra hija hubiera podido tener efecto.

ANTONIO.- A ver si ahora sabe conservar esa fortuna que se le ha entrado por las puertas.

MERCEDES.- ¡Cuarenta mil duros! (Un criado presenta a ANTONIO varias cartas y vase.) ¡Ah! El correo.

ANTONIO.- Por fin.

MERCEDES.- ¿No hay nada para mí? (Repasando las cartas.)

ANTONIO.- Creo que no. (Abriendo una.) ¡Bravo!

MERCEDES.- ¿Qué?

ANTONIO.- Que no vienen las letras. Pues estoy lucido. ¿No hay ahí otra carta comercial?

MERCEDES.- No.

ANTONIO.- ¡Dios mío! (Dando un grito y dejándose caer en una silla.)

MERCEDES.- ¿Qué es eso? ¿Qué tienes?

ANTONIO.- ¡Mercedes mía! (Ahogándose de pena.) Todo ha concluido para nosotros.

MERCEDES.- ¡Cómo!

ANTONIO.- Estamos arruinados.

MERCEDES.- ¡Jesús! No es posible.

ANTONIO.- Toma, toma y lee lo que escribe mi hermano. (Dándole la carta.)

MERCEDES.- (Leyendo.) «Ármate de valor, querido Antonio. Los insurrectos han incendiado ayer nuestro ingenio lleno de existencias. La ruina es completa. Yo estoy como

loco. No te telegrafí por no transmitir en parte abierto noticia tan grave. Es inútil decirte que no esperes las letras.» (Rompiendo a llorar.) ¡Dios de misericordia! ¿Qué va a ser de nosotros!

ANTONIO.- ¡Qué golpe tan cruel!

MERCEDES.- Eso de no querer seguir jamás mis consejos. Bien te decía yo que fincaras, que repartieras tu capital. Y tú sordo que sordo empleándole todo en esa industria porque te reportaba un poco más de beneficio.

ANTONIO.- No es este el momento de los reproches; en el estado en que se encuentra mi ánimo, es posible que te contestara de un modo inconveniente.

MERCEDES.- ¡Qué mundo! Unos suben y otros bajan. ¡Vamos! No puedo acostumbrarme a la idea de que del pináculo de la opulencia voy a pasar a una vida de privaciones.

ANTONIO.- Y lo peor es que haremos partícipe de ellas a nuestra hija, que ninguna culpa tiene.

MERCEDES.- Pobrecita mía. Tan llena de ilusiones que estaba con su boda... ¡Otro desengaño!

ANTONIO.- ¡Cómo!

MERCEDES.- No creo que vayas a insistir en casarlos. Mientras ella podía contar con una dote, tu conducta era plausible, pero ahora sería altamente censurable.

ANTONIO.- ¿Y te atreverías a desgarrar su corazón con semejante proceder?

MERCEDES.- Eres muy inocente. Pues qué... ¿Porque quiera mucho a Ricardo, crees que no será ella la primera en comprender su situación?

ANTONIO.- Eso es distinto. Hay gran diferencia entre que ella se decida espontáneamente o que nosotros la violentemos.

MERCEDES.- A no haber roto con Pancho tan bruscamente como lo hiciste, mira tú que ocasión se presentaba ahora de reanudar aquellas relaciones.

ANTONIO.- ¡Mercedes! Y te atreves a pensar en ello en estas circunstancias.

MERCEDES.- ¿Y por qué no? Rico y regenerado, ¿qué razón hay para rechazarle?

ANTONIO.- Pero, insensata. Piensas que Laura va a jugar de esa manera al quita y pon con sus sentimientos.

MERCEDES.- Privarle a uno del pollo por un faisán es siempre un cambio agradable. Además de que si mi hija, como no creo, cerrara los ojos a la razón, nosotros somos sus padres y tenemos el deber de dirigirla. Yo tentaré el vado y verás como no voy tan desencaminada.

ANTONIO.- Tú me harás el favor de estarte quieta. Parece mentira que cuando pesa sobre nosotros una desgracia tan grande tengas tiempo de pensar en...

MERCEDES.- En lo que debo, sí. Me cuesta muy caro el haberte de jado hasta hoy la iniciativa en todos los asuntos. Y aunque tu rectitud rechaza lo que me propongo hacer, tú me lo agradecerás cuando sea un hecho consumado.

ANTONIO.- Haz lo que quieras.

MERCEDES.- Y mucho que sí. Pues bueno fuera que me pusiera a condolerme como tú sin buscar el medio de contrarrestar nuestra desgracia. ¡Vamos a ver! ¿Qué piensas tú para el porvenir?

ANTONIO.- ¿Yo?...

MERCEDES.- Nada. Es lo más cómodo. Y sin embargo, hay un medio de que no decaigas aparentemente de tu posición, ni desmerezcas en el concepto público.

ANTONIO.- ¿Y es?...

MERCEDES.- Aceptar la plenipotencia que te proponen.

ANTONIO.- ¡Vaya! Has perdido el juicio.

MERCEDES.- Sin duda. Porque tu consecuencia política va a impedir que al saberse tu ruina, todo el mundo se esquite. Sobre que ella no te dará de comer, y cuando la necesidad te apremie harás cosas peores sin obtener resultado alguno. Y en fin, si tú fueras solo, tendrías el derecho de morirte de hambre con tu honradez; pero mi hija y yo bien merecemos un sacrificio que después de todo no tiene nada de denigrante.

ANTONIO.- No me tortures, Mercedes.

MERCEDES.- ¿Luego comprendes que tengo razón?

ANTONIO.- No sé, yo no veo más que mi conciencia en lucha con mi situación. ¡Pero esto es espantoso! Porque la verdad es que yo no siento el mismo vigor en mis convicciones. Y no soy malo.

MERCEDES.- Pues bien, déjame a mí. Yo cargo con la responsabilidad de la iniciativa. Nos quieren arrojar del pentágono, y es preciso evitar las líneas auxiliares. Silencio. ¡Pancho! (Viéndole llegar.)

ANTONIO.- Mercedes, piensa antes...

MERCEDES.- ¿Te gusta ser pobre?

ANTONIO.- No.

MERCEDES.- Pues sonríe y déjate remolcar.

Escena VIII

MERCEDES, ANTONIO y PANCHO.

PANCHO.- ¡Qué hermosa es la limpieza! ¡Cómo entona el sistema moral un baño de satisfacción. He vertido una lágrima de arrepentimiento sobre mi pasado, y con una sonrisa he llenado de matices los primeros albos de mi presente. ¡Cuántos estarán procediendo a la inversa! (Un criado dispone el almuerzo de PANCHO.)

MERCEDES y ANTONIO.- (Aparte.) (¡Oh!)

PANCHO.- ¿Pero qué tienen ustedes?

ANTONIO.- Nada.

PANCHO.- ¿Nada? Por de pronto los ojos están húmedos.

MERCEDES.- Pues bien, ¿a qué ocultártelo? La historia de tus desgracias nos ha afligido, y...

PANCHO.- (Aparte.) (¡Diablo! No me satisface la razón.) (Alto.) Eso les honra a ustedes sobremanera; pero no hay para qué malgastar un sentimiento que mañana puede hacerles falta en servicio propio. A los dolores ajenos se debe asistir en el mundo como a las corridas de toros; desde el tendido y preparados.

MERCEDES.- Sí; pero cuando se siente una afección como a la que a ti nos liga...

PANCHO.- Gracias. (Con sorpresa creciente, al fijarse en las cartas que hay sobre la mesa.)

ANTONIO.- Te espera el almuerzo. (Recogiendo las cartas.)

PANCHO.- (Aparte.) ¡Hola! Ha llegado el correo y las cartas están sin abrir. Lo que prueba que se ha leído una, cuyo contenido ha hecho olvidar las demás. Pancho, ¡atención!) (Siéntase. Alto.) Por mí no se priven ustedes de leer su correo.

ANTONIO.- No urge. Ya me he enterado de la carta comercial.

PANCHO.- (Aparte.) ¡Digo!) (Alto.) Y los negocios siguen viento en popa. ¿Eh?

MERCEDES.- (Con precipitación.) Mejor que nunca.

PANCHO.- ¡Ah! (A MERCEDES.) ¿El tío la entera a usted también de sus asuntos financieros?

MERCEDES.- Como que soy su consejera.

PANCHO.- (Aparte.) (Observemos.) (Alto, leyendo las etiquetas de las botellas.) Rhin, Burdeos, Madera; tres naciones encomendando su liquidación al potentado y enseñándole con los de aduana todo un curso de derecho internacional. (Mirando el menú.) Becasinas a la bergère. Lo que puede la ausencia, no las había reconocido. Este pájaro es para mí el ave Fénix renaciendo de sus cenizas. (Leyendo el rótulo de una lata.) Pastel de foie-gras; es decir, el pato elevado a lo infinito. (Leyendo el mismo rótulo.) ¡Con trufas de Perigord! ¡Ah! Venid a mí, patatas del aristócrata; hace mucho tiempo que no me relaciono más que con el cuarto estado de vuestra familia. Demos placer al estómago con la lectura del menu (Leyéndolo.) Chateaubriand al jugo de anchoas. He aquí un medio de propaganda irresistible.

MERCEDES y ANTONIO.- ¡Cómo!

PANCHO ¿Queréis del escepticismo
ver la cerviz humillada?
Pues dadle por catecismo
cada día, una tajada
del «Genio del cristianismo.»

ANTONIO.- ¡Ah! ¿También eres poeta?

PANCHO.- Sí; me salió esa habilidad un día en que el calendario del hambre marcaba gala con uniforme.

MERCEDES.- ¡Tanto has sufrido!

PANCHO.- ¡Mucho! Y lo que va a sorprenderles sobremanera, es el saber que en medio de mis privaciones he logrado hacer economías.

ANTONIO.- ¿Es posible?

PANCHO.- Figúrense ustedes que con un solo tronco me he calentado todo un invierno.

ANTONIO y MERCEDES.- ¡Cómo!

PANCHO.- Muy fácilmente. Cuando el frío helaba mis miembros en la bohardilla a que el destino me había relegado en las orillas del Sena, tomaba un enorme pie de encina que llenaba en mi mobiliario las funciones de consola; arrojábale por la ventana a una especie de corral que en aquellas circunstancias era el hornillo de mi combustible, y bajando en su busca los ciento noventa y dos escalones que nos separaban, cargaba con él a cuestas, verificaba la ascensión, y al llegar al último tramo, las frescas auras de la libertad habían huido ante el caliginoso aliento de la reacción.

ANTONIO.- ¡Desgraciado!

MERCEDES.- ¿Supongo que no habrás hecho partícipe a nadie de tus amarguras?

PANCHO.- ¿Qué?

MERCEDES.- Quiero decir, que habrás permanecido soltero.

PANCHO.- (Aparte.) (¡Uf! qué horizonte se descubre.) (Alto.) Efectivamente. He sido avaro de mi deber; no he querido compartirlo con nadie.

MERCEDES.- Y sin embargo, no siempre has sido insensible al grito del amor.

PANCHO.- ¡Ah! usted se refiere a mi pasión por Laura. Ahora acabo de verla. ¡Qué hermosa está!

MERCEDES.- Hablas de ella con un entusiasmo que cualquiera diría al oírte que tu herida se ha recrudecido.

PANCHO.- Diga usted más bien que jamás se ha cerrado.

ANTONIO y MERCEDES.- ¡Cómo!

PANCHO.- La amo como el primer día... Pero...

ANTONIO.- Comprendo tu reticencia, y me aflige más de lo que supones; pero debes hacerte cargo de que mi conducta para contigo en aquellas circunstancias no carecía de justificación.

MERCEDES.- ¡Oh! Si hubiese sido ahora, con tu carácter modificado, con el juicio que revelas... ¿quién hubiera podido oponerse?

PANCHO.- Es que ni aun ahora la haría mi esposa.

ANTONIO y MERCEDES.- ¿Qué?

PANCHO.- Porque conociéndome a fondo, la quiero demasiado para exponerla a que sea desgraciada.

ANTONIO.- (Aparte a MERCEDES.) (¿Oyes? Desiste.

MERCEDES.- (Aparte a ANTONIO.) Calla, cobarde.) (Alto.) Encuentro altamente injusto tu proceder, porque... figúrate que Laura haya conservado como tú el recuerdo de los primeros amores, y que nosotros, desaparecidas las causas que originaban nuestra oposición, viniéramos a decirte... es una suposición, bien entendido: «Olvidamos lo pasado; la felicidad de nuestra hija y la tuya propia lo exigen.» ¿Serías capaz de sacrificarte y de sacrificarla a ella, a quien tanto amas, por una susceptibilidad pueril?...

PANCHO.- (Aparte.) (Me quieren casar con su hija sin saber si mi regeneración se ha operado; luego basan mi moralidad en mis cuarenta mil duros. Esta suma, comparada con la riqueza de los padres, es una gota de agua en el Océano; por consiguiente, el poner tanta premura en la negociación, arguye, o que debo sospechar de la virtud de Laura, lo que no es creíble, o que mis tíos están arruinados.)

MERCEDES.- ¡Vamos! responde.

PANCHO.- Los antecedentes del asunto y nuestras respectivas posiciones, me dan derecho a creer que lo que usted me propina en forma de hipótesis es un caso concreto.

ANTONIO.- ¡Oh! No.

MERCEDES.- Y aunque así fuese...

PANCHO.- No, no, si a mí me halaga. Siempre me ha gustado la locomoción en diligencia porque se puede salir al encuentro de los viajeros. Pues bien, voy a contestar. Ustedes vienen a demostrarme que mi prima no ha pisoteado mi recuerdo, y aunque la noticia me enorgullece y hace vibrar más de una libra de mi lacerado corazón, ¿quién me asegura que las becasinas, el Chateaubriand, las trufas y el cosmopolitismo de estos néctares no ejercen sobre mí una presión que coarta la libertad de mis facultades? ¿No es de temer que mi respuesta sea la respuesta de un estómago agradecido, o que mi negativa implique la más negra de las ingratitudes? Laura merece ser muy feliz; yo no trato de cerrar las puertas a mi ventura; semejante proposición me honra sobremanera, pero déjenme

ustedes que haga la digestión. (Un CRIADO presenta a ANTONIO una factura en una bandeja de plata.)

Escena IX

Dichos y un CRIADO.

MERCEDES.- ¿Qué es?

ANTONIO.- (Emocionado.) Nada. La factura del aderezo.

PANCHO.- (Aparte.) ¡Con qué tono lo ha dicho!

ANTONIO.- (Al CRIADO.) Diga usted que ya me pasaré yo por la joyería.

CRIADO.- El diamantista ruega al señorito que le satisfaga esta cuenta, si le es posible, para atender a ciertos libramientos.

MERCEDES.- Pues bien, diga usted que aún tengo algunas observaciones que hacerle, y...

PANCHO.- (Aparte.) ¡Se excusan de pagar! ¡Pancho! En guardia, tu dinero está en peligro.)

ANTONIO.- (Al CRIADO.) ¿Qué espera usted? ¿Hay algo más?

CRIADO.- Un cobrador del Banco que viene a hacer efectiva una letra.

ANTONIO.- ¿Una letra? ¿A mi cargo? Yo no tengo hoy ningún vencimiento. ¡Que pase ese hombre! (Vase el CRIADO.)

PANCHO.- (Aparte.) (Si al menos me hubiera firmado el recibo, pero nada, no ha vuelto a decir esta boca es mía.)

Escena X

Dichos y UN COBRADOR.

ANTONIO.- A ver... ¿Qué letra es esa? (Tomándola.)

COBRADOR.- La que hace una semana presentó a la aceptación.

ANTONIO.- Pero esta libranza no vence hasta dentro de dos días...

COBRADOR.- Dispense usted; como mañana y pasado lo son festivos el vencimiento se anticipa y corresponde a hoy.

ANTONIO.- (Aterrado.) ¡Ah! Es verdad. (Aparte a MERCEDES) ¡Mercedes!

MERCEDES.- (Aparte a ANTONIO.) (Valor y astucia.)

PANCHO.- (Aparte.) (Consejo de familia. Redoblemos el alerta.)

MERCEDES.- (Riendo y fingiendo calma.) No hay mas que pagar, y considerar como perdidos los intereses de cuarenta y ocho horas.

PANCHO.- ¿De qué importe es?

ANTONIO.- De cinco mil duros.

PANCHO.- (Aparte.) (Pues señor si mi tío no tiene cinco mil duros en caja, dígame a usted que el trueno es gordo.) (Sin parar de observarlos.) (Alto.) Eso es una bicoca para usted.

MERCEDES.- ¿Qué esperas, hombre?, paga.

ANTONIO.- Si... voy... (Aparte a MERCEDES.) (¿Pero con qué lo hago?)

MERCEDES.- Con lo que Pancho te dio.

PANCHO.- (Aparte.) (Nuevos apartes... Estoy sufriendo como si jugase a una carta triple.)

ANTONIO.- (Aparte y después de reprochar su proposición a MERCEDES con la mirada y el ademán.) (Es preciso ganar tiempo.) (Al COBRADOR.) Han salido a cobrar unas letras y espero fondos dentro de un par de horas. ¿Le sería a usted indiferente el volver?

PANCHO.- (Aparte.) (Ya no cabe duda.)

COBRADOR.- Sí señor. Con tal de que sea a tiempo oportuno para poder sacar el protesto en caso de que el pago no tuviese lugar.

ANTONIO.- (Con afectada sonrisa.) ¡Oh! Descuide usted.

COBRADOR.- ¡Ya! Ya sé que esto es oro en barra. (Por la letra que ha tomado.) Es un decir. ¡Señores!... (Saluda y vase.)

ANTONIO.- Estos imbéciles por dar a entender que conocen el Código mercantil...

MERCEDES.- ¡Protestos a tu firma!

PANCHO.- Cuando el dinero de usted puede decirse que es dinero... trufado. (Aparte.) (Pues señor, mientras recupero mis monises es indispensable que a lo menos me haga con el recibo. ¿Pero cómo reclamarlo?)

ANTONIO.- (Aparte a MERCEDES.) (Yo creo que Pancho duda.)

MERCEDES.- Pues si duda, atácale de frente.

Escena XI

Dichos; el CRIADO: a poco el DOCTOR.

CRIADO.- (Anunciando.) El Doctor.

ANTONIO.- Adelante.

PANCHO.- ¡Cómo! ¿Hay alguien enfermo?

MERCEDES.- No, sino que tiene la obligación de visitarnos diariamente.

DOCTOR.- Mil perdones, pero hoy no hago alto. Uno de mis clientes está en la agonía y me espera para que le firme el pasaporte. (Pulsando a MERCEDES.) Sin novedad. Esto es una roca. ¿Y usted? (Pulsando a ANTONIO.) Pulso fuerte. ¿A ver la lengua? (ANTONIO saca la lengua.) ¡Hum! Dieta. Citrato doble. Volveré. Ese estómago está muy sucio. (Vase.)

PANCHO.- (Aparte.) (¡Sucio el estómago?) (Alto.) Tío: el recibo.

FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto segundo

La misma decoración.

Escena I

LAURA y PANCHO, sentados.

LAURA.- Cuando te he visto me parecía que soñaba.

PANCHO.- ¿Y qué efecto te ha producido la pesadilla?

LAURA.- ¡Pregunta ociosa!...

PANCHO.- Propia, por lo tanto, del que, como yo, nada tiene que hacer.

LAURA.- Harto sabes el cariño que te profeso.

PANCHO.- ¡De veras?

LAURA.- Tan segura que estuviera yo del tuyo.

PANCHO.- (¿No me habrá engañado su madre?) (Alto.) Vamos a ver: ¿serías capaz de hacer un sacrificio por mí?

LAURA.- ¡Qué duda cabe!

PANCHO.- ¿Te casarías conmigo?

LAURA.- (Precipitadamente.) ¡Oh! Eso no.

PANCHO.- ¿Y por qué?

LAURA.- Te quiero como a un hermano; más aún, como a un hermano, que no es feliz y que merece serlo; pero en cuanto a casarme contigo... tengo muy presentes tus palabras al despedirte de mí el día en que desahuciado por mi padre abandonaste la Isla.- «Laura, -me dijiste, -las vicisitudes de mi vida no borrarán jamás tu recuerdo; ninguna otra mujer poseerá mi cariño; pero si la fortuna me sonriera, si las circunstancias volvieran a poner en contacto nuestros corazones, sé fuerte por los dos y no consientas en llamarte mi esposa.» - Yo te lo juré, y ya ves que cumplo mi juramento.

PANCHO.- (Aparte.) (Lo dicho; ruina completa. Y mi tío que no viene...)

LAURA.- ¡Noto en ti una impaciencia!... ¿Esperas a alguien?

PANCHO.- Espero a tu padre, que ha tenido una visita en el momento en que su presencia me era más necesaria.

LAURA.- Sí, hoy es día de recibo.

PANCHO.- ¿Día de recibo?... (Aparte.) (¡A quién se lo cuenta! ¡Yo que espero el mío con una ansiedad!...)

LAURA.- Pero... hablemos de nosotros.

PANCHO.- Sea.

LAURA.- Tengo una revelación que hacerte.

PANCHO.- ¿Cuál?

LAURA.- Que... ¡Vaya! ¡Qué tonta soy!... ¿pues no siento miedo?

PANCHO.- ¿Miedo?

LAURA.- No, no... vergüenza... (Entristeciéndose.)

PANCHO.- ¿Conmigo?

LAURA.- Precisamente por eso... porque... (Mirándole de hito en hito con rubor, y dejando escapar sus lágrimas.) ¡Oh! ¡No puedo!

PANCHO.- Yo te ayudaré. Tú quieres decirme que amas a otro hombre, ¿verdad?

LAURA.- (Bajando los ojos.) Sí.

PANCHO.- Y ¿le quieres mucho?

LAURA.- (Impremeditadamente.) Mucho.

PANCHO.- (Aparte, enjugándose una lágrima.) ¡Ah!

LAURA.- ¿Ves? Te entristezco. ¡Qué aturdida soy! ¡Qué insensata!

PANCHO.- Al contrario. Ocultarme tu secreto hubiera sido una ingratitud.

LAURA.- Pero esa lágrima...

PANCHO.- No te ocupes de ella; es que liquido mi pasado.

LAURA.- Con todo...

PANCHO.- ¡Qué tontería! ¿Habías de concretarte a vivir con mi recuerdo? ¿Puede una mujer prescindir de desempeñar en el mundo el papel que la naturaleza le ha destinado? Estás vindicada a mis ojos. Nada más natural que corresponder a un hombre que, a más de su cariño, debe ofrecerte una posición social digna de ti.

LAURA.- No, no; es pobre.

PANCHO.- ¡Pobre!

LAURA.- Por eso le he dado mi preferencia. He creído verte en él.

PANCHO.- ¡Ángel de candor!

LAURA.- Sí; yo me decía: Pancho sin duda devora las mismas penas. Yo soy rica, y dándole mi mano podría acabar en un momento con todas sus privaciones; pero él no aceptará nunca. E insensiblemente uniendo tu recuerdo a las condiciones de Ricardo, he

concluido por abrirle mi corazón, donde el sentimiento fraternal te ha elevado un santuario, del que acaso no eres digno.) (Con cariñosa reconvención.)

PANCHO.- ¿Por qué?

LAURA.- Porque tal vez no has vuelto a acordarte de mí.

PANCHO.- ¡Pobre niña! ¿Qué sabes tú de los embates que sufre el alma, ni de la influencia que una criatura tan débil como la mujer ejerce sobre el hombre cuya vida ha estado de continuo expuesta a la intemperie de la amargura! ¡Que no habré pensado en ti! Tú no me has visto pasear el hambre por las calles de Londres, con una maleta sobre la espalda, comprimiendo los latidos de mi inteligencia, y abriendo las válvulas de mi corazón, para que al sentimiento del amante sustituyese la fuerza del mozo de cordel. Tú estabas muy lejos para oírme articular el nombre de Laura, cuando mis manos entumecidas por el peso de la piqueta, pedían auxilio contra las depresiones del estómago. Tú no has sentido correr mis lágrimas, cuando después de una acción vergonzosa, con que compraba un pedazo de pan, el hombre que con su cinismo desafiaba la pública execración, hundía su frente en el polvo ante la santidad de tu recuerdo. Tú, en fin, no has oído resonar las bóvedas del templo al peso de mi rodilla, cuando aun palpitante en mis labios la blasfemia vertida en el lupanar, entraba en la casa de Dios con el espíritu purificado a interceder por tu ventura.

LAURA.- ¡Pancho! (Viéndole llorar.)

PANCHO.- Tonta... no te asustes; esto es agua. Cuando el trueno retumba el relámpago ya no es temible. Las lágrimas no son más que el ruido del dolor. El sufrimiento cruel es el que no grita, el que yo experimentaba al pensar que con una sola palabra podría trocar mi existencia en un paraíso, del cual huía porque nuevo Adán estaba seguro de perderlo al convertir en costumbre con el matrimonio este puro afecto que necesito conservar virgen, porque es la única ilusión de mi vida. (Cambiando de tono.) Pero no nos ocupemos más de mí. Hablemos de Ricardo. ¿Estás segura de su cariño?

LAURA.- ¡Oh! Sí.

PANCHO.- ¿Es hombre de bien?

LAURA.- Tú le conoces. Os habéis tratado mucho en Bélgica.

PANCHO.- ¡Cómo! ¿Sería por ventura Ricardo Vera, el pintor?

LAURA.- El mismo.

PANCHO.- Pues si he sido su modelo durante seis meses: me daba dos francos diarios, tabaco a discreción y los pinceles viejos.

LAURA.- ¿Los pinceles?

PANCHO.- Sí; los ataba en manojos y me servían de cepillo. Bravo mozo; pero pobre. Tus padres no aceptarán esta unión por supuesto.

LAURA.- Todo lo contrario. Hoy ha hecho su demanda oficial y ha sido acogida muy benévolamente.

PANCHO.- ¡Ah! ¿Hoy? Con todo, como no se puede predecir el mañana...

LAURA.- ¿Qué?

PANCHO.- Nada, que yo os casaré.

LAURA.- ¡Qué bueno eres!

PANCHO.- Sí; hoy he almorzado muy bien. Pero dime, Ricardo cuenta con algo más positivo que su paleta. Porque francamente, la España ahora no está para pinturas.

LAURA.- Tienes razón, y él lo ha comprendido así cuando ha solicitado un cargo muy lucrativo según dicen; pero para el cual necesita una fianza de que él carece.

PANCHO.- Hay que procurársela.

LAURA.- Pero sin lastimar su delicadeza.

PANCHO.- El pobre no se ofende nunca de que te levanten un chichón de un doblonazo.

LAURA.- ¿Si tú quisieses ayudarme en la empresa?

PANCHO.- ¿Y por qué no?

LAURA.- Entonces voy a revelarte un secreto.

PANCHO.- Habla.

LAURA.- Tú sabes, que desde que salí del colegio, mi padre me destina una fuerte suma anual para mis joyas, mis trajes y mis pobres.

PANCHO.- Costumbre censurable con otra mujer que tú; pero que revela el carácter del rico al por mayor.

LAURA.- Pues bien; esta cantidad que yo sola administro, ha llegado a tomar proporciones considerables, y hoy representa una cifra que casi me asusta.

PANCHO.- Sí; pero son emociones a las que uno se habitúa fácilmente.

LAURA.- Mis economías montan a más de cinco mil duros.

PANCHO.- ¡Hola!

LAURA.- Yo había pensado ponerlos a interés en la caja de mi padre, y con su producto principiar a mantener a un par de ancianos desvalidos, hasta que con la acumulación de nuevos ahorros llegase a fundar un asilo en debida forma; y sin duda hago muy mal en cambiar de propósito; pero la situación de Ricardo me ha sugerido otra idea.

PANCHO.- Comprendo. Pobre por pobre, siempre es preferible el que nos toca más de cerca. Quiere decir, que en vez de un hospital, será un templo lo que fundes. Pero ¿cómo darle esos ochavos sin que sufra su amor propio?

LAURA.- Muy fácilmente. Su estudio está en el número catorce de esta misma calle. Tú vas a hacerle una visita, admirarás sus cuadros, y le compras algunos por la cantidad de que yo puedo disponer. Por supuesto te encargo...

PANCHO.- Soy discreto.

LAURA.- No, que se los pagues muy caros. ¿Aceptas la comisión?

PANCHO.- ¿Cuándo has visto que yo deje de proporcionarte un placer? Voy al momento.

LAURA.- Dime antes. ¿No encuentras que mi conducta sea digna de reproche?

PANCHO.- ¿Qué te dice tu conciencia?

LAURA.- ¡Oh! Está tranquila.

PANCHO.- Pues entonces...

LAURA.- (Con cariño.) Y tú... ¿No me guardas rencor?

PANCHO.- ¿Por qué?

LAURA.- ¿Me lo preguntas? (Con rubor.)

PANCHO.- La felicidad es un aria llena de dificultades, a cuya interpretación no deben concurrir más que los órganos limpios y privilegiados. Yo tengo la desgracia de desentonar, y me limito a hacer el acompañamiento. Adiós, Laura, voy a ponerme a tono.

LAURA.- ¿Qué haría yo por verte feliz?

PANCHO.- Serlo tú. (Vase PANCHO.)

LAURA.- ¡Qué hermoso corazón el suyo! Es lástima que su atolondramiento eclipse las bellas condiciones que posee. Tres años de ausencia no han bastado para que olvide mi recuerdo; y sin embargo yo... (Óyense dentro las voces de HILARIO, ANTONIO y

MERCEDES.) ¡Ah! vienen. No quiero que lean en mi turbación el paso que acabo de dar.
(Vase.)

Escena II

MERCEDES, ANTONIO e HILARIO.

HILARIO.- ¿Pensabas que iba a perdonarte el café y la breva? Son muy cordiales tus relaciones con Moka y Vuelta Abajo para no suplicarte que les hagas mi presentación, y hasta que nos intimés.

ANTONIO.- Estás servido. (Un criado sirve un café y cigarros y se retira.)

MERCEDES.- Pero hubiéramos podido permanecer en el salón.

HILARIO.- Allí estaríamos expuestos a las interrupciones de una visita, en tanto que aquí podremos hablar libremente. Ofrecí a usted no levantar el sitio, y cumplo mi palabra estrechando el cerco. (Se sientan.)

ANTONIO.- ¿Ya empiezas?

MERCEDES.- No puede usted imaginarse los progresos que hemos hecho en tan corto intervalo.

HILARIO.- ¿De veras?

ANTONIO.- No hagas caso.

MERCEDES.- Mi marido, que me guarda todo género de consideraciones, acaba de darme una prueba relevante de su cariño, satisfaciendo a medias mi deseo, aun a trueque de sacrificar sus convicciones.

ANTONIO.- (Aparte.) ¡Qué tormento!

MERCEDES.- Resta tan sólo que usted me ayude con su lógica inflexible, para que ganemos la partida.

HILARIO.- Nadie más interesado que yo en ello. Por consiguiente, cuanto de mí dependa...

ANTONIO.- (A HILARIO.) Yo me permitiré suplicarte que desistas de tu propósito, porque verdaderamente mi mujer ejerce sobre mí tal influencia, que temo que el carácter me abandone.

HILARIO.- Chico, el éxito tiene demasiada importancia a mis ojos para cejar en la demanda, sin que se me presenten razones poderosas.

ANTONIO.- ¿Crees que no lo son la abjuración de mis principios y el escarnio que pueden hacer de mi respetable nombre?

HILARIO.- ¿Cómo? Pues qué, ¿a los ataques que te dirijan los periódicos de tu comunión, despechados por verte romper el círculo del doctrinarismo, no se puede oponer el aplauso de la prensa liberal al contemplarte con paso atrevido y firme caminar de frente por la senda del progreso? ¿Es una abjuración por ventura el identificarse con las necesidades de la época y relegar al olvido las tradiciones de lo pasado?

MERCEDES.- Eso es lo que yo digo. Aquí no se trata de una transgresión vergonzosa, sino de corroborar el axioma, «De consejo muda el sabio,» de hacer, en fin, lo que hacen todos los que no quieren permanecer estacionarios. (A ANTONIO.) Aquí tienes el ejemplo. Yo me acuerdo perfectamente que cuando conocimos a Hilario tuvo lugar un quid pro quo muy gracioso, porque habiéndote oído decir que era polaco, e ignorando que éste era el nombre de los adeptos de una fracción política, le pregunté con toda mi alma si la polonesa era realmente un baile inventado en su país. Pues bien, después se ha ido liberalizando poco a poco, y hoy le tienes ministro, sin que nadie pueda por ello lanzarle su anatema.

HILARIO.- (Aparte.) ¡Qué mujer! (Alto.) Lo verdaderamente censurable es el retrogradar.

ANTONIO.- Es siempre una apostasía.

HILARIO.- ¿Y en qué podrían basar sus ataques? Yo comprendo que se le dirijan al hombre que falto de recursos, verifica su conversión ad panem lucrandum; pero a ti, que en guantes inviertes el sueldo de una plenipotencia.

MERCEDES.- Figúrese usted. ¿Quién sería capaz de decir que Antonio solicitaba un destino, conociendo sus riquezas y el ningún valor que por consiguiente da al dinero? Sería absurda y hasta risible.

HILARIO.- ¿De modo que puedo felicitar me?

MERCEDES.- ¿Quién lo duda?

ANTONIO.- ¡Oh! No; por encima de todo está mi conciencia y esta no transige con nadie. (Pausa.)

HILARIO.- (Aparte a MERCEDES.) (Me parece que hemos perdido el pleito.)

MERCEDES.- (Aparte a HILARIO.) (Donde acaban los esfuerzos de la diplomacia empiezan los recursos de la mujer.) (Alto.) Yo creí poder alardear la galantería de mi marido; pero veo que me he equivocado.

ANTONIO.- ¡Mercedes!

MERCEDES.- Declama cuanto gustes, no por eso tendrás más razón. Debías hacerte cargo de que en la mujer hay un germen de vanidad que no se nutre con joyas ni con millones. Es algo impalpable y delicado, que yo me permitiré llamar la gastronomía del amor propio, porque no obedece a la satisfacción de un apetito, sino al refinamiento del paladar.

HILARIO.- Es positivo.

ANTONIO.- No te entiendo.

MERCEDES.- Pues es muy fácil. (Sacando del bolsillo la factura del aderezo.) Cuando tú te presentas en un salón con una botonadura de brillantes, que constituye por sí sola un capital, ¿no has observado que nadie fija en ella la atención, mientras que todos devoran con la vista la encomienda o la placa de tu vecino formada por unos cuantos aceros vergonzantes? Pues nosotras también tenemos nuestras condecoraciones en nuestra posición oficial. (Con intención.) He aquí la factura de un aderezo que, como te he dicho, no ha excitado la menor curiosidad, mientras que Madame Strasbourg ha obtenido un gran éxito con otro idéntico. Tú no sospechabas que estas piedras encerrasen para mí una historia de lágrimas, y sin embargo es así. (Con más intención.) Y hay que pagarlo.

ANTONIO.- (Aparte.) (¡Oh!) (Desde este momento empieza en ANTONIO una lucha que concluye por doblar su entereza a las circunstancias.)

MERCEDES.- Sí, hay que pagarlo, aun cuando yo no lo utilice, porque no he de devolvérselo al joyista, haciéndole confidente de mi antagonismo con esa señora, o dándole motivo para creer que mi marido no puede disponer de su importe.

ANTONIO.- Basta, basta.

MERCEDES.- ¿Principias a comprenderme? Ya ves que tengo razón. «¿Qué me importa a mí que cuando un dependiente del Banco se presente a cobrar una letra, abras tu caja y la enseñes pletórica de dinero, si tus cuantiosas riquezas no significan en el banquete social más que una «exuberancia de platos, pero nunca el esmerado artificio de la confección?»»

ANTONIO.- (Aparte.) (¡Me ahogo!)

HILARIO.- (Aparte a MERCEDES.) (Es usted cruel.)

MERCEDES.- (Aparte a HILARIO.) (No haga usted caso.) (Alto.) Y sobre todo, yo me explico que un puritano como tú sacrifique a su mujer en aras de su rectitud; pero lo que no comprendo es que por una pueril susceptibilidad destroces el porvenir de tu hija. (A HILARIO.) Dígame usted si a la sombra de un padre plenipotenciario no podría Laura contraer un brillante matrimonio.

HILARIO.- Ya lo creo. En contacto siempre con las primeras entidades de Europa.

MERCEDES.- Pues mi marido prefiere fomentar sus amoríos con un pintor, buen muchacho, de talento... Creo que usted le conoce; Ricardo Vera.

HILARIO.- Sí; he visitado su estudio varias veces.

ANTONIO.- No ignoras que se aman.

MERCEDES.- Pronto se desvanecería su recuerdo en los círculos diplomáticos. En fin, convenido, se aman; y aunque no es una posición digna de nuestra hija, verificase el matrimonio. Sé lo que vas a decirme; que con la dote que destinás a Laura acrecentada por... tus últimas felices operaciones, les sobra para vivir con esplendor. «Pero no ignoras que un hombre, que de la estrechez pasa a la holganza, difícilmente evita la prodigalidad y el despilfarro. Y si esto sucediera, ¿qué sería de ellos? -Vivir a nuestra costa; y muy felices si la suerte les dejaba encerrar su miseria en las perfumadas costuras de un guante blanco.» Porque... tú eres inmensamente rico; pero el mundo es redondo y está siempre dando vueltas. Una crisis comercial, una complicación política, un caso fortuito, un incendio, la cosa más insignificante puede dar al traste con tu fortuna, y entonces...

ANTONIO.- (Aparte.) (¡Oh! ¡Es horrible!)

MERCEDES.- «Yo no sé lo que son las privaciones, porque gracias a Dios, estamos muy lejos de conocerlas; pero figúrate por un momento que en lugar de todas las comodidades de tu casa te vieses reducida a habitar una triste y desprovista bohardilla; que al séquito de criados que te rodea, sucediese el aislamiento y la soledad; que al festín con que complaces diariamente a tu estómago, sustituyese la abstinencia, y que la sonrisa de satisfacción que tu hija imprime a su beso cotidiano, se trocase en una amarga lágrima arrancada por la vigilia. ¿No es verdad, que entonces no pensarías en tu dignidad? ¿No es cierto que aceptarías todos los medios para acallar el hambre? Y cuál no sería tu desesperación si en aquella llora suprema, la memoria para acrecentar tu martirio te recordara, que sólo para revolcarte en el fango de la abyección, te habías apeado del coche de una plenipotencia.»

ANTONIO.- (Aparte.) (No puedo más.) (Alto viendo aparecer al CRIADO.) ¿Eh? ¿Qué es eso?

CRIADO.- El cobrador del Banco que vino esta mañana, ha vuelto.

MERCEDES y ANTONIO.- (Aparte.) ¡Ah!

ANTONIO.- (Ídem.) (Es preciso... No hay remedio.) (Alto al CRIADO.) Que espere.
(Vase el CRIADO.)

MERCEDES.- ¿Por qué... no vas a pagarle? Hilario es de toda franqueza...

ANTONIO.- Sí... luego.

HILARIO.- (Levantándose.) Por mí no te detengas, porque yo me retiro dando por terminada mi comisión.

MERCEDES y ANTONIO.- (Sorprendidos.) ¡Cómo!

HILARIO.- Observo que te estoy causando un verdadero disgusto...

MERCEDES.- (Aparte.) (Pues no faltaba más, cuando acabo de convencer a mi marido.)
(Pasando junto a ANTONIO y aparte a él.) (Decídetes o lo perdemos todo.)

ANTONIO.- (Tras un supremo esfuerzo y esforzándose por sonreír.) No... ¡Qué tontería!

HILARIO.- Te estás haciendo una violencia espantosa y...

ANTONIO.- No lo creas. Es que... mi mujer usa un estilo... y carga su paleta de tintas tan sombrías, que el hombre más jovial se pone tétrico escuchándola. Fuera de eso... ¿a qué negártelo? Tu proposición me halaga mucho...

HILARIO.- Es que no quisiera yo que interpretases por un comercio vergonzoso un paso que da el gabinete con el solo fin de patentizar en cuanto estima tu influencia.

MERCEDES.- Antonio lo ha comprendido así desde el primer instante. De otra suerte...

ANTONIO.- Ya no dudarás de la galantería de tu marido.

MERCEDES.- ¡Oh! No.

HILARIO.- Piénsalo bien, porque ante todo soy tu amigo y no quisiera que por una complacencia experimentases después los resultados de un tardío arrepentimiento. Yo sé que siempre has sido opuesto a mi bandera.

MERCEDES.- Aparentemente.

ANTONIO.- El hombre político vive en un círculo de hierro que muchas veces quisiera romper.

MERCEDES.- Pues si Antonio ha sido siempre lo más liberal... No puede usted imaginarse el trabajo que me costaba conseguir que me acompañase los domingos a misa.

HILARIO.- ¿Estás decidido?

ANTONIO.- Decidido. (Dándose las manos.)

MERCEDES.- (Aparte.) (Gracias a Dios.)

HILARIO.- Corro, pues, a dar la noticia a mis colegas, y a publicarla en mi periódico, cuya tirada he mandado retardar porque esperaba mucho de esta entrevista. ¡Qué sensación va a producir! ¡Ah! debo advertirte que el interés político exige que vayas a la plenipotencia de Londres.

ANTONIO.- No hay inconveniente.

MERCEDES.- ¡Oh! A mí me gusta mucho Londres. Son tan sanos los alimentos en Inglaterra...

HILARIO.- Vergüenza me da el ocuparme contigo de la parte económica.

ANTONIO.- Eso es lo de menos.

MERCEDES.- ¡Por Dios! ¿Qué significa para nosotros el dinero?

HILARIO.- Como los presupuestos no pueden alterarse, tu sueldo será el de plantilla; pero en atención a tu importancia, que exige que viajes con el decoro debido, llevarás un viático de diez mil duros que se te librarán en cuanto decidas tu marcha.

ANTONIO.- (Aparte.) (¡Ah! ¡Me he salvado!) (Alto.) Yo desearía marchar hoy mismo.

MERCEDES.- Pero yo no tengo nada dispuesto.

ANTONIO.- (Aparte a MERCEDES.) (Cállate. Lo hago yo por recibir esa suma y poder pagar esa letra.) (Alto.) Vosotras vendréis después; pero yo... francamente, no quisiera permanecer en Madrid un minuto más, para evitarme reconvenciones y diatribas de mis ex-correligionarios.

HILARIO.- Tienes razón. Pues nada; dentro de una hora sin falta, te mando cartas credenciales, el viático...

ANTONIO.- Perfectamente.

HILARIO.- Y apenas los recibas, pásate por el ministerio para presentarte al Gabinete y darte las instrucciones reservadas. ¡Ea! Felicitémonos y adiós. (A MERCEDES.) Ya estará usted contenta; a ver si Laura nos vuelve esposa de algún lord.

ANTONIO.- ¡Ah! Hombre... A propósito. Yo no sé si abuso de tu amabilidad; pero ya que acaso tengamos que destrozarnos las ilusiones de ese pobre muchacho pintor, ¿no te sería fácil compensar el desengaño procurándole un destino?

HILARIO.- ¡Cómo! ¿En la legación? Imposible.

MERCEDES.- No, no, al contrario; lejos de nosotros.

HILARIO.- ¡Ah! Sí, nada más fácil. Se lo diré al ministro de Fomento, y... es negocio concluido. Yo mismo le mandaré la credencial.

ANTONIO.- Mil gracias y dispénsame; pero mi conciencia me lo pedía a gritos.

HILARIO.- ¿Quieres callar? Adiós, Mercedes. Nos veremos aún.

MERCEDES.- Así lo espero. (Estrechándose las manos.)

HILARIO.- Hasta luego, Antonio. (Aparte.) (Creo que hemos conjurado la crisis.)

ANTONIO.- ¿Dentro de una hora dices?

HILARIO.- Sí, dentro de una hora lo tienes todo aquí. (Vase.)

ANTONIO.- (Toca un timbre y aparece un criado.) Diga usted al cobrador que vuelva dentro de una hora. (Vase el criado.)

Escena III

MERCEDES y ANTONIO.

ANTONIO.- Y bien... ¿Me quieres más envilecido?

MERCEDES.- ¿Vas a empezar de nuevo con tus jeremiadas? Cuando se toma una determinación, a la que ha precedido un maduro examen, no se vuelve la vista atrás.

ANTONIO.- ¿También vas a negarme el derecho de deplorar mi suerte?

MERCEDES.- ¿Hay remedio?

ANTONIO.- No.

MERCEDES.- Pues entonces...

ANTONIO.- Es verdad. (Con amarga convicción.)

MERCEDES.- Dime. ¿Por qué has despedido al cobrador?

ANTONIO.- Para poderle pagar más tarde con el producto de mi deshonra.

MERCEDES.- Encuentro que era más fácil hacerlo con el dinero de Pancho.

ANTONIO.- Jamás. Duda de mí, y esto exige que le devuelva esta cantidad sin otra explicación.

MERCEDES.- Reflexiona antes que es un genial y que acaso haya dicho aquella frase sin intención de herirte y sólo por producir efecto.

ANTONIO.- ¡Oh! No.

MERCEDES.- Pues vamos, yo te aconsejo que no rompas con él abiertamente, porque después de todo, es rico y quién sabe lo útil que puede sernos su amistad. Piensa que ha sido el primer amor de nuestra hija, amor que pudiera muy bien reproducirse y... francamente ¿quién te asegura que Ricardo no ha querido especular con el cariño de Laura?

ANTONIO.- Mercedes... me das miedo.

MERCEDES.- ¿Por qué? Porque tengo más previsión que tú y vivo pensando en el mañana y preparándome a todas las eventualidades «El consejo de la mujer es poco y el que no lo sigue es un loco.» Entrégate en buen hora a tu dolor; pero cuando tienes la dicha de contar con una mujer resuelta y previsora, abandónate a su inspiración, que al fin y al cabo tu suerte es la mía y no creo que traduzcas mis actos por mero egoísmo. Silencio, Laura.

ANTONIO.- (Aparte.) ¡Hija de mi corazón!

Escena IV

Dichos y LAURA.

MERCEDES.- Ven acá, ven acá. ¿No sabes la noticia?

LAURA.- ¿La llegada de Pancho?

MERCEDES.- No. Algo que va a sorprenderte. Te presento al nuevo plenipotenciario de España en Londres.

LAURA.- ¿Es posible? ¿Has aceptado?

ANTONIO.- Sí, hija mía.

LAURA.- ¡Qué placer! ¿Y quién ha logrado vencer tu tenacidad?

ANTONIO.- Mi deseo de daros gusto.

LAURA.- Me alegro por todos nosotros; pero más aún por el pobre Ricardo, que verá dilatarse el horizonte de su carrera artística.

MERCEDES.- Sí; lo que tú vas a pensar en Ricardo de hoy en adelante...

LAURA.- ¡Cómo!

ANTONIO.- (Aparte.) (Ya principia... ¡Oh! Yo no puedo autorizar con mi presencia este paso.) (Da algunos pasos para irse.)

MERCEDES.- ¿Te vas?

ANTONIO.- Voy a... hacer algunos preparativos. (Vase.)

Escena V

MERCEDES y LAURA.

LAURA.- ¿Por qué dices que no pensaré más en Ricardo?

MERCEDES.- Porque... porque con la nueva posición que vas a ocupar, el amor propio satisfecho dará al traste con tu pasado.

LAURA.- «Me juzgas muy poco benévolamente, o atribuyes demasiada importancia al cargo que le han conferido a papá.»

MERCEDES.- «¿Crees tú que es lo mismo frecuentar los salones simple hija del señor Viniegra, que hija del representante de la nación española? Cuando tú te veas rodeada de una cohorte de adoradores, que el que más y el que menos tiene en sus manos los destinos de Europa, y pienses que con una sola mirada puedes aliar o indisponer dos potencias... porque sábetete que más de un conflicto internacional ha salido del gabinete de una mujer, verás como tus aspiraciones toman vuelo, y matizas tus ilusiones con tintas que jamás conociste en la paleta de tu pintor.

LAURA.- «No insisto porque» veo que es una broma que quieres gastarme. Harto conocida te es mi consecuencia.

MERCEDES.- Sí, pues a fe mía que puedes alabarte de ella.

LAURA.- ¿Cómo?

MERCEDES.- El tiempo que has tardado en dar sustituto a tu primo.

LAURA.- No puedo creer que tus palabras encierren una reconvención, sabiendo las razones que me indujeron a obrar así, y no ignorando que lo hice movida por vuestros consejos.

MERCEDES.- ¡Pobre Pancho! ¿Querrás creer que está tan enamorado como el primer día?

LAURA.- No lo dudo.

MERCEDES.- Antes nos hablaba de ti casi con las lágrimas en los ojos. ¿Y no sabes? ¡Ha vuelto tan cambiado, tan juicioso! Y ha hecho fortuna.

LAURA.- ¿Sí?

MERCEDES.- ¡Vaya! Es rico. En fin, es otro hombre. Ahora no habría motivo alguno para rechazar su demanda.

LAURA.- No hay cuidado.

MERCEDES.- ¿Quién sabe? El primer amor, tarde o nunca se olvida. Bueno fuera que después de tantos rodeos vinieses a tropezar con el santo yugo.

LAURA.- Pero mamá, cualquiera que te oyese creería que me estabas induciendo a aceptar un matrimonio de conveniencia.

MERCEDES.- Inducirte no; pero hace tiempo que deseaba tener contigo una explicación, y aprovecho la circunstancia en que Ricardo ha pedido tu mano para ayudarte a reflexionar e impedir que procedas a tontas y a locas. A tu edad las ilusiones lo absorben todo, sin considerar que la vida tiene un lado práctico, al que hay que mirar con los ojos de la razón. Piensa bien en toda la fuerza de estas palabras: -Ricardo es pobre.

LAURA.- Sí; pero su pobreza, que podría ser causa, a lo más, de vuestra oposición, lo que felizmente no sucede, no arguye que una vez casados pueda contrariar nuestra dicha, toda vez que mi dote nos brinda con un brillante porvenir.

MERCEDES.- ¿Y si tu dote no existiese?

LAURA.- Entonces, no a mí sino a Ricardo, correspondería someter su conducta a las circunstancias, y estoy segura de que no titubearía un momento.

MERCEDES.- ¡Ah! Juventud, juventud, siempre la misma. Es decir que en ese caso, preferirías por dar un golpe escénico y hacer gala de abnegación, sacrificarte a la miseria y sus anexos, porque pronto el pastorcito que has imaginado en sueños, cambiaría sus endechas por gritos de arrepentimiento.

LAURA.- En fin, mamá, gracias a Dios no hemos llegado a ese extremo.

MERCEDES.- ¿Que no? ¡Pobre hija mía!

LAURA.- ¡Cómo!

MERCEDES.- Ármate de valor y prepárate a recibir un rudo golpe.

LAURA.- (Aterrada.) ¿Qué dices?

MERCEDES.- (Bajando la voz.) Que estamos arruinados.

LAURA.- (Atónita.) ¡Jesús!

MERCEDES.- Los insurrectos han incendiado el ingenio con todas las existencias, y nuestra opulencia de ayer se ha convertido en humo.

LAURA.- (Llorando apoyada en el hombro de su madre.) ¿Qué va a ser de nosotros?

MERCEDES.- Lloro, sí, llora. Abandónate al dolor. Tus padres ya han pagado este tributo a su desgracia, y ahora sólo se ocupan de remediarla en lo posible. Lo que nos desconsuela es el pensar en tu suerte.

LAURA.- ¡Oh! No os apuréis por mí. Vosotros antes que nada.

MERCEDES.- Nosotros por el momento, ya hemos parado el golpe con la aceptación de esa plenipotencia; pero tú, que te hallas en la edad en que tus destinos deben fijarse, comprenderás que por él y por ti, debes prescindir de Ricardo.

LAURA.- ¡Oh!

MERCEDES.- Bien sé que te ha de costar muchas lágrimas, porque... las raíces del amor penetran profundamente; pero cuando la calma suceda a la aflicción primera, estoy segura de que has de felicitarte. La Providencia, en medio de nuestra desventura, nos ha deparado a tu primo regenerado y más amante que nunca, lo cual es un beneficio inapreciable, pues de lo contrario, una vez divulgada nuestra pobreza, te sería muy difícil realizar un enlace ventajoso.

LAURA.- Tus palabras, dictadas por el cariño que me profesas, no pueden ser más plausibles; pero a tu vez, cuando la calma suceda a la impresión que siempre exagera las proporciones, te felicitarás de poseer una hija que no da al olvido los deberes que la has enseñado en la niñez.

MERCEDES.- ¡Cómo!

LAURA.- Que si cuando la fortuna me sonreía le abrí mi corazón a Ricardo, hoy que no existe el abismo que nos separaba, podré más dignamente llamarme esposa suya.

MERCEDES.- Pero desgraciada... ¿Con qué os vais a alimentar?

LAURA.- Trabajaremos.

MERCEDES.- ¿Y si tenéis hijos?

LAURA.- Serán los hijos de unos pobres.

MERCEDES.- ¡Qué tenacidad!

LAURA.- Poco más o menos, la misma que, según me has referido, demostraste tú cuando se empeñaban en casarte con un marqués millonario a quien despreciaste por papá, simple dependiente a la sazón de una casa de comercio.

MERCEDES.- (Desconcertada.) Sí; pero aquellos eran otros tiempos...

LAURA.- Y cuando te aconsejaban, tú no sabías responder más que: «Le amo, le amo.»

MERCEDES.- (Tratando de dominar la emoción.) Porque yo era una romántica, una majadera.

LAURA.- No; porque aquí latía un corazón noble y generoso (Poniendo la mano sobre el de su madre.) que estimaba en más la satisfacción del alma que todas las riquezas del mundo. (MERCEDES deja correr sus lágrimas a pesar suyo.) Porque una lágrima de dolor arrancada al hombre que te consagraba sus penalidades y vigias, hubiera pesado sobre tu conciencia como pesa el remordimiento de un enorme crimen. Porque era preciso, en fin, que para apreciar debidamente la elevación de tus sentimientos, el cielo te deparase una hija que, como espejo de tu conciencia, se pusiese un día delante de ti, imprimiera un beso en tu frente (La besa.) y murmurase a tu oído: «Le amo, le amo; déjame ser digna de mi madre.» (Pausa.)

MERCEDES.- ¡Hija de mi vida!... Haz lo que quieras. Tu conducta me enorgullece mucho; pero me aflige aún más.

LAURA.- ¿Que te aflige?

MERCEDES.- Sí.

LAURA.- ¿Y por qué?

MERCEDES.- Porque aun cuando el horizonte de nuestro porvenir presenta un tinte muy sombrío, tu padre y yo soportaríamos resignados nuestra desgracia, viéndote feliz; pero saber que vas a sufrir todo género de privaciones y no poderte presentar para contrarrestarlas más que el espectáculo de nuestra miseria... (Rompiendo a llorar.)

LAURA.- (Aparte herida por un pensamiento.) (¡Su miseria! Contrarrestar ellos mis privaciones cuando soy yo quien debe... ¡Oh! ¡Qué insensata! ¡Qué egoísta he sido!)

MERCEDES.- Es horrible no tener ni el consuelo de recrearnos en tu ventura...

LAURA.- (Aparte y llorando.) (¡Ricardo! Adiós. Acepta mi sacrificio. Son mis padres.) (Enjúgase el llanto y se esfuerza por parecer tranquila. Alto.) Y bien... Me he engañado.

MERCEDES.- ¿Qué?

LAURA.- Que no tengo valor para imitarte.

MERCEDES.- ¡Laura! ¡Oh! Tú no dices la verdad.

LAURA.- Sí.

MERCEDES.- Tú te impones un sacrificio que yo no acepto.

LAURA.- No lo creas... La miseria me asusta, me da horror.

MERCEDES.- Pero...

LAURA.- Dile a mi primo que puede disponer de mi mano.

Escena VI

Dichos, el CRIADO.

CRIADO.- (Anunciando.) El señorito don Ricardo.

LAURA.- ¡Ah! (Con un grito agudo y doloroso.)

MERCEDES.- (Corriendo a ella.) ¡Laura!

LAURA.- Lo exijo. (Vase precipitadamente.)

MERCEDES.- (Tras breve pausa.) Y por qué no ha de haber dicho la verdad? Por su suerte futura debo creerlo así.

Escena VII

MERCEDES y RICARDO.

RICARDO.- (Entrando con visibles muestras de conmoción.) Temí no encontrar a ustedes en casa...

MERCEDES.- ¿Pero qué es eso? Está usted conmovido.

RICARDO.- Sí señora.

MERCEDES.- ¿Se encuentra usted indispuerto?

RICARDO.- ¡Oh! No. Pero hay emociones que por gratas que sean producen una sensación inexplicable.

MERCEDES.- Según eso, es usted portador de buenas nuevas. ¿Se ha vendido algún cuadro?

RICARDO.- Sí, señora, algunos y con circunstancias muy singulares; pero no es esa la causa de mi venida.

MERCEDES.- ¿Pues cuál?

RICARDO.- Es que me da vergüenza el manifestar alegría en semejante ocasión; pero yo no sé mentir.

MERCEDES.- Hable usted.

RICARDO.- Alentado por el consejo que don Antonio me dio, disponíame hace un momento a presentarme a su tío en reclamación de la suma usurpada a mi padre, cuando en el camino me encuentro con el notario Vilches.- «¿Hacia dónde va usted?» me pregunta.- «A casa de don Álvaro Viniegra» le contesto.- «Pues allá vamos todos.» -«Mucho celebro la coincidencia, le digo yo; porque tengo que hacerle una primera visita, y en mi aturdimiento he olvidado pedirle las señas a su sobrino don Antonio.» -Entonces Vilches, mirándome de alto abajo, exclama con sorpresa: -«Amigo mío, veo por las trazas que usted ignora la noticia; ahórrese usted ese trabajo, y ya que conoce a don Antonio, tuerza usted el rumbo y corra a decirle que su tío ha pasado esta mañana a mejor vida a consecuencia de un ataque apoplético fulminante.»

MERCEDES.- ¡Ah! Séale la tierra ligera. Un bribón menos... ¡Sabe Dios a quién irá a parar ahora su fortuna!

RICARDO.- No he concluido. Don Álvaro deja a su sobrino don Antonio por heredero universal.

MERCEDES.- (Con una alegría indescriptible.) ¡Cómo! ¿A mi marido?

RICARDO.- Sí señora.

MERCEDES.- ¿Pero está usted seguro de lo que dice?

RICARDO.- Vilches, que hizo su testamento, es quien me lo ha participado.

MERCEDES.- Vamos... Si me parece que sueño. ¡Una herencia de la que pronto puede entrarse en posesión, porque todo su capital lo tenía en numerario!

RICARDO.- En efecto.

MERCEDES.- (¡Pobre tío!)

RICARDO.- (Aparte.) (¡Eh!)

MERCEDES.- No haber tenido el consuelo siquiera de recoger su último suspiro; irse a acordar de nosotros. La verdad es que Antonio y yo siempre le hemos querido bien.

RICARDO.- Aunque la frase es impropia de la situación, ya puede usted colegir la alegría que habré experimentado.

MERCEDES.- (Aparte.) (¡Ah! Se refiere a la restitución del dinero de su padre de que le habló Antonio. Pues no faltaba más. Bueno está el horno para tortas.)

RICARDO.- Al momento me he acordado de que podré llamar a Laura mi esposa sin avergonzarme, y de que mi pobre padre tendrá un motivo más de bendecir a ustedes desde el cielo.

MERCEDES.- ¿Por qué?

RICARDO.- Porque el desheredado de ayer ve brillar hoy por vez primera un rayo de sol en su horizonte.

MERCEDES.- La afección que a usted nos liga es harto sincera para que no procuremos por todos los medios posibles mejorar su suerte.

RICARDO.- (Asombrado.) ¡Cómo!

MERCEDES.- Pero eso estábamos dispuestos a hacerlo sin necesidad de la herencia.

RICARDO.- (Desconcertado.) Permítame usted, señora. Sin duda he debido explicarme mal.

MERCEDES.- ¡Yo no he comprendido otra cosa!

RICARDO.- (Aparte.) (¿Qué es esto?) (Alto.) Con todo, no creo haber sido víctima de una ilusión. Difícil encuentro justificar mi conducta, a no ser repitiendo las propias palabras de don Antonio.

MERCEDES.- Sus palabras... ¿Cuáles?

RICARDO.- Éstas: «Ese dinero me quemaría las manos; me faltaría tiempo, conociendo como conozco su origen, para entregarlo a su legítimo dueño y descargarme de peso tan enorme.»

MERCEDES.- Ahora entiendo. ¿Usted quiere que nosotros le restituyamos lo que dicen que nuestro buen tío tomó a su padre de usted?

RICARDO.- ¡Señora! (Aparte.) ¡Me está humillando!

MERCEDES.- Usted sabe que el mundo juzga a veces a las personas con una punible ligereza.

RICARDO.- (Con entereza.) ¡Aquí no es el mundo, sino mi padre quien acusa!

MERCEDES.- Yo no pongo en duda la acusación; pero para poderla atender se necesitan pruebas.

RICARDO.- Ya dije a usted que las mías han desaparecido. Sobra sin embargo con la convicción moral.

MERCEDES.- Permítame usted; un recibo que desaparece merced a una sustancia corrosiva tiene tanto de legendario que...

RICARDO.- Suplico a usted que respete el inmaculado nombre de mi padre.

MERCEDES.- Y yo que guarde usted las debidas consideraciones a un individuo de nuestra familia, que lleva el apellido de mi esposo. (Pausa. RICARDO se levanta.)

RICARDO.- Todo lo comprendo y siento haberme equivocado. (Saluda ceremoniosamente y vase.)

MERCEDES.- (Aparte.) (Por este lado ya está hecha la liquidación. Yo lo siento; pero tengo una hija por quien mirar y la caridad bien entendida principia por uno mismo.)

Escena VIII

MERCEDES y ANTONIO.

ANTONIO.- Y bien, Mercedes. ¿Qué ha pasado?

MERCEDES.- Lo que te dije; Laura ha sido la primera en comprender los deberes que su situación la impone.

ANTONIO.- ¿Pero sin violencia alguna? ¿Sin pena por su parte?

MERCEDES.- Sin pena absolutamente, no. Pero sí con sano juicio y con la resignación propia de su talento y de las circunstancias.

ANTONIO.- ¡Pobre hija mía! Pero ¿y Ricardo?

MERCEDES.- Hombre, te pareces al corregidor de Almagro, que se murió de sentimiento porque a su vecino le habían hecho un chaleco corto. No te apures. Ante todo oye la gran noticia que tengo que comunicarte. Don Álvaro Viniegra, tu tío, ha muerto... legándote toda su fortuna. ANTONIO.- ¡Cómo! ¿De veras? ¡Quién te ha dicho!

MERCEDES.- ¡Ricardo que lo ha sabido por el notario Vilches.

ANTONIO.- ¡Qué alegría! ¡Yo su heredero!... Mercedes, voy a presentar al momento la dimisión de la plenipotencia.

MERCEDES.- Deja, tonto, que por mucho trigo nunca es mal año.

ANTONIO.- ¿Y ese pobre Ricardo? ¿Ves a dónde nos conducen tus precipitaciones? ¡Qué necesidad había de lacerar el corazón de Laura con un desengaño? Por fortuna aún es tiempo de reparar la falta.

MERCEDES.- ¡Cómo!

ANTONIO.- Casándolos. Porque con la restitución que haremos a Ricardo del dinero de su padre, podemos procurar a entrambos una posición independiente.

MERCEDES.- ¿Qué dices? ¿Casar yo a mi hija con un hombre cuyo primer acto al tener noticias de nuestra herencia, ha sido venir a reclamarnos su crédito, injuriando las aún calientes cenizas de nuestro buen tío?

ANTONIO.- ¿Sí? (Con temor.) ¿Y tú qué le has contestado?

MERCEDES.- Lo que merecía. ¿Pues qué? ¿Hubiera yo consentido que abusara de nuestra credulidad un especulador que ni el talento ha tenido de disimular su impaciencia? Me considero muy feliz con haber desenmascarado a un hipócrita.

ANTONIO.- No, Mercedes; me opongo con todas mis fuerzas. Niégale en buen hora la mano de Laura, si estás convencida de que no la ama. Pero en cuanto a no restituirle un dinero que es suyo...

MERCEDES.- ¿Suyo? Pues no parece sino que el hombre que abusa de la buena fe de una familia honrada para hacer su negocio, no sea capaz de fingir una farsa para mejorarle.

ANTONIO.- ¡Mercedes!

MERCEDES.- Yo no digo que no hagas algo por él para acallar tu conciencia, que después de todo, no es a ti a quien debe remorder; pero de eso a regalarle veinticinco mil duros!... ¿Ya sabes tú si los valdrá la herencia? Lo que has de hacer es dar gracias a Dios, que en medio de nuestras tribulaciones, nos manda el pañuelo para enjugar el llanto.

ANTONIO.- (Con reconvención.) ¡Bueno, bueno! Pero el pobre tío, irse a acordar de mí... (Sonriendo.)

MERCEDES.- (Sonriendo.) ¿Has visto?

Escena IX

Dichos y PANCHO.

PANCHO.- ¡Hola! ¿Nos sonreímos?

LOS DOS.- (Aparte.) (¡Pancho!) (Toman ambos un gesto grave.)

PANCHO.- Eso me prueba que el estómago ha dilatado sus paredes con el lastre de la satisfacción. (Aparte.) (Por si alguna duda me quedaba, lo que Ricardo acaba de referirme que han hecho con él, me patentiza que hay que jugar el todo por el todo.)

ANTONIO.- Te esperaba con ansiedad.

PANCHO.- Esto no hace sino aumentar el valor de mi llegada.

ANTONIO.- Tenemos una deuda pendiente.

PANCHO.- Para ser exacto, querido tío, convendría singularizar.

ANTONIO.- ¡Pancho!

MERCEDES.- (Aparte a ANTONIO.) (No tires mucho de la cuerda.)

ANTONIO.- Efectivamente; yo te adeudo una cantidad, pero tú me debes una explicación. PANCHO.- Pues liquidemos.

ANTONIO.- ¿Podrías decirme qué significa tu exabrupto al reclamar el recibo?

PANCHO.- Significa muchas cosas.

ANTONIO.- Y una de ellas que dudas.

PANCHO.- ¿Dudar? No. Abrigo una íntima convicción.

ANTONIO.- ¿De qué?

PANCHO.- De... La palabra es algo dura de pronunciar, pero la iré vertiendo a sílabas. Principiaré por la que abulta más en gracia al precepto de la gramática, de que en principio de la dicción siempre se pone mayúscula. (Sacan un periódico.)

MERCEDES.- ¿Qué es eso? ¿Un periódico?

PANCHO.- Sí señora; dos cuartos de oposición. La industria manera de la inteligencia, tratando de colocar acciones en el mercado de la opinión pública. Yo me he suscrito por un solo ejemplar, y por ocho miserables maravedís, con perdón sea dicho de la nueva ley monetaria, voy a cobrar un dividendo de cuarenta mil duros.

LOS DOS.- ¿Cómo?

PANCHO.- Oigan ustedes un suelto que solo por antífrasis merece tal nombre, pues ligado y bien ligado se halla a nuestros destinos. (Leyendo.) «Sin tiempo ni espacio para ocuparnos detenidamente del hecho, pues va a entrar en prensa nuestro periódico, tenemos el disgusto de participar a nuestros lectores que el señor don Antonio Viniegra acaba de ser nombrado ministro de España en Londres. La apostasía de un hombre semejante, en los momentos de crisis que atravesamos, nos sugiere muy tristes ideas, de las que prescindimos en estos momentos, porque hay cosas de las que es preciso apartar la vista con horror y el estómago con asco.»

MERCEDES.- ¡Oh! ¿Eso dice? (Tomando el periódico.)

ANTONIO.- (Aparte.) (¡Qué vergüenza!)

PANCHO.- Convéznase usted mismo.

MERCEDES.- Es claro. Este es el lenguaje de despecho de la prensa retrógrada al perder una influencia tan grande como la de mi marido. (Aparte a ANTONIO.) (Hablan de crisis. Sería horrible para nosotros... Quedaríamos reducidos a la herencia. Defiéndela.)

ANTONIO.- ¿Y qué relación puede tener esa noticia con nuestro asunto?

PANCHO.- Mire usted, tío, cuando a mí me apuntan con un fusil, no crea usted que es el fusil lo que me da miedo, sino la bala. En todos los actos de la vida deje usted a un lado la forma y vaya usted al fondo, a lo que hay oculto. Para los lectores de este periódico, ese suelto no dice más que lo que ustedes acaban de oír; pero para mí, que en la lectura siempre prescindo de las letras, dice lo siguiente: «El señor Viniegra ha aceptado la embajada de Londres porque está arruinado.»

LOS DOS.- ¡Qué! (Con estupor.)

ANTONIO.- ¿Y no puede haberme inducido a ello la convicción profunda de servir de ese modo mejor a mi país?

PANCHO.- En primer lugar, ninguna persona de fortuna independiente se expone a que le llamen apóstata, porque una reconvención, por injusta que sea, destruye la regularidad de las funciones del estómago, y nadie se procura por gusto una indigestión. Pero aún suponiendo este excéntrico capricho, yo, que he estudiado lógica, hago deducciones y me digo: «Un embajador que no paga una letra de cinco mil duros, que desatiende una súplica pecuniaria del joyista su acreedor, y que a un perdis de sobrino, -la frase no es culta, pero es gráfica; -a quien en la primera entrevista concede con repugnancia su hospitalidad; y en la segunda le propone la mano de su hija, sólo porque sabe que posee cuarenta mil duros, y ya no le parece tan perdis; ese embajador no debe tener un cuarto.

ANTONIO.- ¡Semejante insulto!

PANCHO.- ¿Insulto? ¿Por qué? ¿No puede usted haber perdido muy honradamente su dinero?

ANTONIO.- Es que...

PANCHO.- Es que el dictado de pobre humilla al que lo recibe, no porque arguya ausencia de bienes, sino porque implica un descenso en el pentágono, y por ende, la facilidad de que la rectitud, el decoro y la decencia, hagan transacciones vergonzosas con los garbanzos.

ANTONIO.- (Aparte a MERCEDES.) (Comprenderás que yo no puedo permitir ese lenguaje.)

MERCEDES.- (Ídem a ANTONIO.) (Tienes razón. Está ajando nuestra dignidad. Devuélvele sus billetes, y que abandone esta casa.) (Pónese a hojear el periódico.)

PANCHO.- Por lo tanto...

ANTONIO.- Basta. Nadie hasta hoy me ha injuriado. Si tú juzgas a los demás por ti mismo, yo voy a demostrarte cuánta es tu pequeñez. El mejor mentís que puedo dar a tus palabras, es éste. (Sacando los billetes del bolsillo.)

MERCEDES.- ¡Ah! (Con un grito arrancado por la lectura.)

ANTONIO.- Toma. (Disponiéndose a entregárselos a PANCHO.)

PANCHO.- (Aparte yendo a tomarlos.) (Salutamus-te!)

MERCEDES.- Espera. (Deteniendo a su marido que, conservando los billetes, presta atención a su mujer.)

ANTONIO.- ¿Qué?

MERCEDES.- (Leyendo.) «Esta mañana ha muerto a consecuencia de un ataque de apoplejía el conocido capitalista don Álvaro Viniegra. La causa de este repentino accidente ha sido la emoción que ha recibido al bajar al sótano de su casa, donde enterraba su dinero, y apercibirse de que todo le había sido robado.» (Aparte a su marido y con dolor profundo.) (¡Robado!)

ANTONIO.- (Ídem y atónito.) (¡Robado!) (Pausa.)

PANCHO.- (Con malicia.) Parece que la nueva les ha hecho a ustedes impresión.

MERCEDES.- Ignorábamos la muerte del tío.

PANCHO.- ¡Ah! ¿La ignoraban ustedes?

ANTONIO.- Sí.

PANCHO.- Era ya muy viejo... Los que no leerán a gusto la noticia serán sus herederos.

MERCEDES.- (Tratando de sonreír.) Es verdad. (Aparte a su marido.) (¡Calma!)

PANCHO.- Y volviendo a nuestro asunto...

ANTONIO.- (Guardándose los billetes.) Te daré el recibo.

PANCHO.- Antes ha dicho usted: «Toma.»

ANTONIO.- Sí.

PANCHO.- Y ahora me dice usted: «Te daré el recibo.»

ANTONIO.- ¿Y qué?

PANCHO.- Que vale más un toma que dos te daré.

ANTONIO.- Es decir...

PANCHO.- Que yo no me contento con un papel firmado, sino que necesito recobrar mis fondos.

LOS DOS.- ¡Cómo!

PANCHO.- Que ustedes han fingido ignorar la muerte de su tío por ocultarme la pérdida de su último baluarte, mientras que yo sé a quién había dejado por heredero universal.

LOS DOS.- ¡Ah!

PANCHO.- A usted; sí, a usted, que conociendo mejor que nadie a quién pertenece de derecho esa fortuna, ha preferido destrozarse el corazón de Ricardo a cumplirle la palabra que le dio, antes de que el primer calambre de la necesidad revelara su presencia. Y como los ladrones se han encargado de quitar todo valor a su firma de usted, he aquí por qué yo retiro mi crédito y no admito transacciones con mi tío, sino al contado.

MERCEDES.- ¡Esto es ya demasiado!

ANTONIO.- ¡Me estás tratando como a un bandido!

PANCHO.- ¡Qué exageración! Le trato a usted como a un... desheredado!

MERCEDES.- ¡Suponer que eres capaz de negarle su dinero!

PANCHO.- Yo no he dicho tal cosa, sino que corro el peligro de que reconocida y todo la deuda no me sea pagada.

ANTONIO.- Si tal fuera mi propósito, ¿quién me impediría apropiarme ese dinero, no existiendo justificante alguno de la entrega?

PANCHO.- He ahí una idea que no puede ocurrírsele a nadie sino ante el presentimiento de un prolongado ayuno.

ANTONIO.- ¡Miserable! ¡Toma! (Le da los billetes.)

PANCHO.- (Tomándolos.) Estamos en paz. (Aparte.) (Esto se lo debo al gobierno. Sin la plenipotencia que le guarda las espaldas, este arranque de dignidad no hubiera salido del estado de embrión.)

ANTONIO.- Cuenta por si temes que falte algo.

PANCHO.- ¡Oh! No. La abstinencia al por mayor no se ocupa jamás del merodeo.

ANTONIO.- Ahora comprenderás que tu presencia aquí...

Escena X

Dichos y el CRIADO.

CRIADO.- El cobrador del Banco está ahí fuera.

MERCEDES y ANTONIO.- (Aparte.) (¡Ah!)

ANTONIO.- (Al CRIADO.) (¿No me han traído nada del ministerio?)

CRIADO.- No, señor.

ANTONIO.- Está bien; que aguarde. (Vase el CRIADO.)

Escena XI

MERCEDES, ANTONIO y PANCHO.

ANTONIO.- (Aparte a MERCEDES.) (Estamos en un grave compromiso.)

MERCEDES.- (Aparte a ANTONIO.) (¡Cómo!)

ANTONIO.- (Aparte.) (Que si Hilario, como temo, no me manda ese dinero juzgando que no lo necesito, protestarán la letra, me ejecutarán, y entonces quedo inhabilitado para ejercer cargos públicos.)

MERCEDES.- (Aparte.) (¿Es decir que perderíamos la embajada?)

ANTONIO.- (Aparte.) (Sí.)

MERCEDES.- (Aparte.) (Nuestra sola salvación. ¡Oh! No será así. Ayúdame tú.)

PANCHO.- (Aparte.) (Esta es la ocasión de tomar las de Villadiego.) (Alto.) Siento mucho que mi posición ventajosa me haya obligado a herir susceptibilidades inherentes a la precaria en que se encuentra usted, pero yo no podía dejar de hacerlo ante la defensa de cuarenta mil duros de comestibles. Usted me arroja muy justamente de su casa y yo me retiro sin arrepentimiento, asegurándole que conservaré memoria indeleble de los elevados sentimientos que caracterizan a usted en las digestiones bonancibles. Adiós.

MERCEDES.- Espera.

PANCHO.- (Aparte.) (¡Malo! Tardé mucho en irme.)

MERCEDES.- Yo no puedo consentir que, apenas reconciliados, volváis a caer en una nueva disensión. Esto no debe tener consecuencias...

ANTONIO.- Sin embargo...

PANCHO.- (Aparte.) (¡Eva! ¡Siempre Eva!)

MERCEDES.- Antonio no quiere nunca convencerse de que tú eres un genial y que hay que tomar lo que dices como cosas tuyas. Y tú por tu parte te has imaginado ahí una historia que está a cien leguas de la verdad, pero que ha excitado tus excentricidades.

PANCHO.- Respecto a que me he equivocado...

MERCEDES.- Sí, señor, de medio a medio; y tu tío ha sido un sandio en montar en cólera y dar proporciones al asunto, en vez de haberte dicho la verdad lisa y llana.

PANCHO.- ¿La verdad? (Con ironía.)

MERCEDES.- Justo. Aquí no hay más sino que Antonio esperaba fondos de la Habana, y que por un descuido de su hermano no los ha recibido. Que tiene que retirar una letra de cinco mil duros, y que no puede hacerlo con el dinero de la caja por haberlo invertido en gastos extraordinarios.

ANTONIO.- Sí, eso es.

MERCEDES.- No sé a qué andar con esos misterios cuando nada había más sencillo que dirigirse a ti y decirte: «Pancho, me encuentro en esta situación. ¿Me haces el obsequio de prestarme esa suma?»

PANCHO.- Es claro, y yo hubiera respondido que... ¡no!

LOS DOS.- ¡Qué!

PANCHO.- El crédito consiste en prestar uno al que tiene cuatro; pero dar ciento al que no tiene nada se llama tontería.

MERCEDES.- ¡Qué tenacidad! Cuando te digo que te equivocas...

PANCHO.- No hemos de volver a aducir pruebas. Aquí no hay más sino que esa letra pesa sobre la cabeza de mi tío como la espada de Damocles, y que si la ejecución sigue al protesto la embajada se disuelve; por lo cual la están ustedes defendiendo como se defiende la última trinchera.

MERCEDES.- Reflexiona...

PANCHO.- Me han dado ustedes muy bien de almorzar; pero quieren que se lo pague muy caro.

ANTONIO.- ¿Y consentirás que caiga semejante borrón sobre el nombre de tu familia?

PANCHO.- No parece sino que yo no me llamase Viniegra, cuando hacía títeres por las calles de París.

LOS DOS.- (Suplicantes.) ¡Pancho!

PANCHO.- Señores, no puedo; tengo un hambre muy atrasada, y de hoy en adelante necesito comer mucho.

Escena XII

Dichos y el CRIADO.

CRIADO.- El Cobrador dice que no puede detenerse más porque va a ponerse el sol y es la hora reglamentaria para sacar el protesto.

LOS DOS.- ¡El protesto!

ANTONIO.- Diga usted que voy en seguida.

CRIADO.- Esta carta de parte del señor de Vilches. (Dáale una y vase.)

Escena XIII

Dichos menos el CRIADO.

MERCEDES.- ¡Pancho!

ANTONIO.- Por última vez.

PANCHO.- Imposible. No estoy mal con mi dinero.

ANTONIO.- (Aparte a MERCEDES.) (Estamos perdidos.)

MERCEDES.- (Aparte a ANTONIO.) (Ya no hay esperanza.) (ANTONIO abre la carta, que lee con sorpresa.)

PANCHO.- (Aparte.) (Me dan pena; pero un solo almuerzo sólido después de tres años de comer casi de memoria, no basta a desarrollar el órgano de la conmiseración.)

ANTONIO.- ¡Ah! Lee. (Dándole la carta a MERCEDES tras un grito de alegría.)

MERCEDES.- ¿Qué? (Leyendo.) «Enterado como supongo a usted por Ricardo Vera de la muerte de su tío don Álvaro y de su disposición testamentaria, debo participarle a usted con profunda pena que todos sus bienes consistentes en especie le han sido robados; pero según se deduce de las primeras diligencias el autor del robo es su ayuda de cámara a quien el juez ha sabido hacer declarar su delito. Parece ser que el tal sujeto ha dado con la fortuna de su amo en una casa de juego donde un industrial recién llegado de la Habana ha sabido

desplumarle a él y a otros colegas en una solemne sesión de treinta y tantas horas. La policía le sigue la pista.»

ANTONIO.- (Con alegría.) ¡Ah!

MERCEDES.- ¿Y ahora? (Insultante.)

PANCHO.- (Aparte.) (¡Demonio!)

MERCEDES.- ¿Con que eras tú? ¿Con que nosotros te suplicábamos que nos prestases lo que era nuestro?

PANCHO.- ¿De ustedes? Esta fortuna de no ser a mí, que la he ganado, pertenece a mi amigo Vera.

MERCEDES.- Sí; pero de derecho nos será restituida y los tribunales sabrán obligarte a ello.

PANCHO.- ¡Cómo!

MERCEDES.- Entregándote a la justicia.

PANCHO.- Bravo, tía; esa frase es ya el hediondo hipo con que la imaginación ha saboreado el primer banquete de la indigencia. Pues bien; ustedes me conocen; yo no hago ofertas vanas. Un paso, una mirada, un gesto con tal intención y todos los billetes arden en seguida en esa chimenea.

MERCEDES.- ¡Oh! Lo hará como lo dice.

ANTONIO.- Detente.

MERCEDES.- Transijamos.

PANCHO.- Nada de transacción.

ANTONIO.- ¿Pero esa letra?...

PANCHO.- Será protestada...

MERCEDES.- ¿Y la plenipotencia?...

PANCHO.- Perdida. Provocan ustedes mi hambre, y ahora soy yo quien llama a gritos a la suya. (El CRIADO cruza el foro. ANTONIO al verle se dirige a él.)

ANTONIO.- ¿Y el Cobrador?

CRIADO.- Se marchó ya. (Vase.)

MERCEDES.- ¡Ah!

ANTONIO.- Todo se ha perdido. (Déjase caer en una silla. MERCEDES le prodiga sus cuidados. Los dos vuelven la espalda a la puerta, por donde aparece LAURA y cerca de la cual se encuentra PANCHO. Gran pausa.)

Escena XIV

Dichos y LAURA.

LAURA.- (Aparte a PANCHO.) ¡Cruel!

PANCHO.- ¿Eh? ¿Tú me acriminas? (Conmovido.)

LAURA.- Ahora no; más tarde. Toma. (Dándole la letra en cuestión.)

PANCHO.- ¿Qué es esto? ¿El dinero de los cuadros?

LAURA.- Todo lo sé. Todo lo he oído. Dale esto a mi padre; pero sin decirle que es su hija quien le salva. (Vase.)

Escena XV

Dichos menos LAURA.

PANCHO.- (Mirando la letra y aparte.) ¡Qué veo! ¡La letra! ¡Pobre ángel!) (Se enjuga una lágrima y se dirige hacia ANTONIO, a quien le entrega el documento.) Tome usted.

ANTONIO.- ¿Qué? (Tomándola y enseñándola a MERCEDES.) ¡Ah! Mira.

MERCEDES.- ¡La libranza!

ANTONIO.- (A MERCEDES.) ¿La habrá retirado él?

MERCEDES.- (A ANTONIO.) ¡Qué duda cabe! Ha representado toda esa escena por producir efecto. Él es así.

PANCHO.- (Aparte.) ¡Y decir que estoy usurpando las bendiciones que se deben al sacrificio de esa pobre niña!

ANTONIO.- (Alto a PANCHO.) Pancho. Estamos en paz.

MERCEDES.- (A su marido y asombrada.) ¿Qué dices?

PANCHO.- (Aparte.) ¿Qué es esto? ¿La abnegación es contagiosa?)

MERCEDES.- (Aparte a ANTONIO.) ¡Pero cómo! ¿Prescindes de la herencia?)

ANTONIO.- (A MERCEDES.) Sí.

MERCEDES.- (Aparte.) ¡Ah! ¡Ya comprendo! Casándole con Laura todo queda en la familia.)

ANTONIO.- (Aparte a MERCEDES.) ¡Mercedes!

MERCEDES.- (Aparte a ANTONIO.) (Sí; nosotros con la plenipotencia...)

ANTONIO.- (A MERCEDES.) Nos hemos salvado. (Por PANCHO.) (Óyense voces de mujeres, hombres y niños que gritan en la calle y a varias distancias.)

«La caída del ministerio, por dos cuartos.»

MERCEDES y ANTONIO.- (Aterrados.) ¡Oh! ¡Qué dicen?

MERCEDES.- No es posible.

ANTONIO.- Calla.

NUEVAS VOCES.- «La caída del ministerio.»

LOS DOS.- ¡Sí!

PANCHO.- (Con sorna.) Creo que dicen: «La caída del ministerio.»

ANTONIO.- No puedo más. (Déjase caer confundido en una silla.)

MERCEDES.- (Socorriéndole con las lágrimas en los ojos.) ¡Antonio mío!

Escena última

Dichos y el DOCTOR, con un boletín en las manos y muestras de gran alegría.

DOCTOR.- «La caída del ministerio.» Aquí traigo el boletín. Han subido los de usted. ¿Espero que ahora obtendré la dirección de los baños de Panticosa? (Viendo el abatimiento de ANTONIO.) ¿Pero qué es esto? ¿Qué le pasa?

PANCHO.- El estómago, siempre el estómago.

DOCTOR.- ¿No habrá usted tomado el citrato que le mandé?

PANCHO.- Déjese usted de citratos, hombre. Chuletas, magras, buen vino de Burdeos. Lo que mi tío tiene es hambre.

MERCEDES.- ¡Pancho! Antonio ha almorzado perfectamente. (Con intención.)

PANCHO.- Sí; pero de aquí a que coma...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Acto tercero

La misma decoración.

Escena I

MERCEDES y ANTONIO.

MERCEDES.- ¡Magnífico rasgo! No cabe duda que debes estar orgulloso de tu determinación.

ANTONIO.- Mercedes, eres incomprensible. ¿Me censuras porque he procedido como el deber me ordenaba?

MERCEDES.- ¡El deber! ¿Cuál es el que te liga con Pancho para hacerle espontánea variación de nuestra herencia? ¿No es Laura, según él mismo nos ha dicho, quien retiró la libranza con el producto de sus economías?

ANTONIO.- Sí.

MERCEDES.- Pues entonces... ¡Di más bien que has tenido vergüenza de desandar tu camino después de dar aquel golpe escénico! Eres lo más simplón...

ANTONIO.- Mercedes, no entraré contigo en discusiones inútiles; pero te participo que mi conducta me satisface completamente.

MERCEDES.- ¿Por qué?

ANTONIO.- Porque de ese modo la determinación que voy a llevar a cabo, no se traducirá por una idea de lucro, puesto que nada poseemos.

MERCEDES.- ¿Tu determinación? ¿Cuál?

ANTONIO.- Casar a Laura con Ricardo.

MERCEDES.- ¿Qué oigo? ¡Y te atreverías a hacerlo después de lo ocurrido y sabiendo que continuaba pobre como hasta aquí?

ANTONIO.- Ciertamente que sí. ¿O crees que la inicua conducta que has observado con él no pesa sobre mi conciencia? Llamaré a ese muchacho y le diré: «Amigo mío, si usted es pobre, yo también lo era y acaso ese período ha sido el más feliz de mi vida, porque en compensación de mi trabajo, tenía las ilusiones del desinteresado cariño de mi mujer. Usted ama a mi hija y yo se la doy por esposa, porque no quiero herir dos corazones henchidos del único sentimiento que se sobrepone a todas las miserias humanas.»

MERCEDES.- ¿Y los casarás tú?

ANTONIO.- ¿Yo? No. El cura de la parroquia.

MERCEDES.- Y se morirán de hambre.

ANTONIO.- Los enterrarán.

MERCEDES.- ¿Y el remordimiento de haber labrado su desgracia?

ANTONIO.- ¿Y la satisfacción de haberlos conducido a la ventura? No, no; el oro coadyuva a la felicidad, pero no constituye su base. Cuando yo volvía en otro tiempo a mi casa, después de haber hecho alguna operación lucrativa y tú recompensabas con un tierno abrazo mis desvelos, te juro que me consideraba el hombre más feliz de la tierra; al paso que después cuando hemos nadado en la opulencia, a fuerza de no carecer de nada, nada nos causaba ilusión, y vivíamos en el indiferentismo de la costumbre.

MERCEDES.- La costumbre forma una segunda naturaleza.

ANTONIO.- Además que no quiero tener remordimientos, y por muy debilitada que supongas mi fe, creo firmemente que EL de arriba castiga a los malos y recompensa a los buenos, y yo ambiciono contarme entre los últimos. (Un criado presenta a ANTONIO un pliego, que contiene un suelto de periódico y una carta, y se retira.)

MERCEDES.- ¿Qué es eso?

ANTONIO.- La credencial sin duda.

MERCEDES.- Llega ya tarde.

ANTONIO.- Es el único borrón que no puedo lavar y que empaña mi existencia. (Rompiendo el sobre.)

MERCEDES.- Contentémonos con la lectura de nuestro soñado esplendor.

ANTONIO.- (Después de leer.) ¡Ah!

MERCEDES.- ¿Qué?

ANTONIO.- ¡Soy feliz!

MERCEDES.- ¿Te conservan el destino?

ANTONIO.- No.

MERCEDES.- (Con mal humor.) ¡Entonces!...

ANTONIO.- Escucha lo que me escribe Hilario. (Leyendo.) «En el momento de ir a transmitir a la prensa la noticia de tu nombramiento, ha sobrevenido la inesperada crisis de que ya te supongo anuente, y he creído de mi deber, dada nuestra amistad, no sacrificar tu pasado a unas horas que, a lo más, hubiera durado tu presente. En su consecuencia, he preferido desmentir en mi periódico, como verás por la última hora, lo que ya como un hecho anunciaba la oposición, dejándote así en libertad de que hagas el uso que te parezca de las circunstancias.»

MERCEDES.- De modo...

ANTONIO.- Que mi honra queda a cubierto. (Leyendo el suelto con muestras de satisfacción.)

MERCEDES.- Y que harás que los tuyos te nombren embajador para indemnizarle del sambenito que ha pesado sobre tu nombre, y a fin de dar un público mentís a la calumnia con que querían mancharte tus propios correligionarios.

ANTONIO.- ¡Ese rasgo te caracteriza perfectamente! No señor, no quiere decir que redimido de una culpa cometida a pesar mío, viviré honrado y pobre sin tener que avergonzarme ante mi conciencia.

MERCEDES.- Pero para vivir se necesita comer, y la comida cuesta dinero y no lo tienes.

ANTONIO.- Trabajaré.

MERCEDES.- ¿Tú?

ANTONIO.- Yo, sí.

MERCEDES.- En la cuerda floja.

ANTONIO.- O en la tirante.

MERCEDES.- Y yo tocaré el tambor para que se reúna la gente.

ANTONIO.- De ese modo sacudirás el frío.

MERCEDES.- Y nuestra hija molerá los colores de su marido.

ANTONIO.- Justo. Así no podrá hacer lo mismo con su paciencia.

MERCEDES.- Y le remendará los calcetines...

ANTONIO.- Operación a la que si tú te consagrases, me evitarías en este momento una polémica fastidiosa.

MERCEDES.- No será en mis días.

ANTONIO.- Mercedes, ten la bondad de no agriarme la única satisfacción que recibo después de tantas amarguras.

MERCEDES.- No tengas cuidado; no te diré ni una palabra más.

ANTONIO.- Tú no sabes lo que vale poder exclamar: «Conservo mi honra.» ¡Ay!
(Sonriendo con satisfacción completa.) ¡Cómo se ensancha el corazón! ¡Con qué libertad se respira! (PANCHO aparece a tiempo de escuchar las últimas palabras.)

Escena II

Dichos y PANCHO.

PANCHO.- ¡Vuelta a la alegría! ¡Bravo!

LOS DOS.- (Aparte.) (¡Él!)

PANCHO.- En pocas horas ha tenido usted más fases, que la luna en toda su revolución; pero ahora se diría que atraviesa usted el plenilunio de enero, que si bien es el más frío, es en compensación el más claro.

ANTONIO.- Es que hay circunstancias en la vida que atenúan los dolores más agudos.

PANCHO.- Sí; el mundo es un laboratorio de farmacia, donde al lado del frasco del arsénico, que mata, está el del éter, que reanima.

ANTONIO.- Toma, lee aquí. (Dándole el suelto.)

PANCHO.- ¿De qué se trata? ¿Del anuncio de algún remedio empírico para vivir sin comer?

MERCEDES.- Cerca le andas.

PANCHO.- (Leyendo con énfasis.) «Es completamente falso, como asegura un colega, que el señor don Antonio Viniegra haya aceptado la legación de Londres. Mucha honra recibiría nuestro partido contando a esta entidad entre sus adeptos; pero hombres como él, ni transigen con su conciencia, ni abjurán jamás de sus convicciones.» (Declamado.) ¿Y qué quiere usted probarme con esto? ¿Pretendería usted hacerme partícipe del error en que incurrirán los lectores de ese suelto, al suponer que dice verdad?

ANTONIO.- No.

PANCHO.- ¿Entonces?...

ANTONIO.- Lo hago por darte a conocer la causa de mi alegría.

PANCHO.- ¡Ah! ¿Usted se alegra cuando recibe un desengaño?

ANTONIO.- ¿Un desengaño?

PANCHO.- ¿Digo?...

ANTONIO.- No es sino una prueba de amistad. Hilario López, a quien conoces, es quien trataba de llevar a cabo mi nombramiento; pero sorprendido por la crisis, ha preferido dejarlo sin efecto, y desmentir la noticia que ya se había propalado, a fin de devolverme la libertad de acción.

PANCHO.- ¡Pobre tío! A ser usted célibe tendría su puesto marcado en las misiones evangélicas, porque es usted uno de los mejores propagandistas de la fe.

ANTONIO.- ¿Por qué?

PANCHO.- Porque le hacen a usted comulgar con ruedas de molino. Hilario López, acaba de llevar a cabo una de sus infinitas evoluciones políticas; y habiéndosele excluido del gabinete, han recompensado su transgresión con la plenipotencia de Londres, que él ha escogido como la mejor retribuida; sacrificando así a la amistad en aras de su conveniencia.

ANTONIO.- ¿Es posible?

MERCEDES.- (Zahiriendo a ANTONIO.) Me alegro, me alegro.

ANTONIO.- ¿Pero te consta?

PANCHO.- Acaban de decírmelo en el ministerio, a donde por indicación de su modelo, he corrido inútilmente en busca de Ricardo, no hallándole en su estudio.

ANTONIO.- ¿Eso es inicuo?

MERCEDES.- Tú no quieres convencerte de que la caridad bien ordenada empieza por uno mismo. No debiera ser así, pero lo es.

ANTONIO.- ¡Qué siglo de desmoralización!

PANCHO.- No, tío. Es un mal inherente a nuestra condición. Aristófanes, Juvenal, Cervantes, Quevedo, Larra, todos los satíricos del mundo han censurado el mismo vicio en diferentes épocas; y el estómago, centro del sistema ha seguido impertérrito, burlándose de sus detractores, como se ríe el sol de los astrónomos que le suponen manchas y lunares, y que son los primeros en buscar desde el pingorote de su observatorio, el benéfico calor de sus rayos protectores. Pero... dejémonos de filosofías, que el tiempo urge. (Llamando.) ¡Laura! ¡Laura!

ANTONIO.- ¿Qué haces?

PANCHO.- Llamar a mi prima para que me diga dónde podré encontrar a Ricardo. Ella debe saberlo.

ANTONIO.- Pero...

PANCHO.- ¿Qué?

ANTONIO.- Desde que me has dado a conocer su sacrificio, me causa rubor el ponerme en su presencia.

MERCEDES.- ¡Pobre ángel!

PANCHO.- ¡Qué tontería!

ANTONIO.- No sabré qué decirle.

PANCHO.- No la dice usted nada y la da un abrazo en cuanto se presente. La palabra es la vela que impele el esquife humano; pero la naturaleza sabia en su obra creatiz, nos ha puesto estos apéndices (Por los brazos.) para que cuando la lona sea insuficiente, podamos proseguir nuestro curso por el piélagos de la sensibilidad con el auxilio de los remos. (Indicando la acción de dar un abrazo.)

MERCEDES.- Ya está allí.

ANTONIO.- ¡Ah!

PANCHO.- (Impeliendo a ANTONIO.) Pues ánimo y... a bogar.

Escena III

Dichos y LAURA.

MERCEDES.- ¡Laura! (Estrechándola cariñosamente.)

ANTONIO.- ¡Hija de mi alma! (Arrojándose confundido en sus brazos.)

LAURA.- (Temerosa.) ¿Qué tenéis?

PANCHO.- No hagas caso. Que tu primo es un charlatán y ha denunciado tu abnegación.

LAURA.- ¡Pancho! (Con cariñosa reconvención.)

PANCHO.- ¡Qué quieres! Cuando leo la historia y calculo que todos los esfuerzos humanos no han de bastar a decir a las generaciones futuras quién fue el pastelero de Madrigal, cuál la enfermedad que cortó los días del príncipe don Carlos, y qué nombre llevaba el infeliz que, como perro en canícula gimió en la bastilla bajo el bozal de la máscara de hierro, me olvido de que la discreción es una virtud, y me juro que, en cuanto de mí dependa, no ha de haber ni una página misteriosa en la historia contemporánea.

ANTONIO.- Deja que tu padre, confuso y agradecido, te estreche contra su corazón.

LAURA.- Yo no he hecho más que mi deber.

ANTONIO.- ¡Oh! No; te has impuesto un sacrificio...

MERCEDES.- Que tu padre trata de recompensar, casándote con un hombre que no puede hacerte feliz.

ANTONIO.- ¡Mercedes!

LAURA.- No temas. Bajo su forma frívola alienta un alma grande y generosa que sabrá convertir en cariño el sentimiento de gratitud con que hoy llego a decirle: «Quebrantas tus juramentos por salvar a mis padres de la miseria; pues bien, Pancho, esta es mi mano.» (Tendiéndole la mano.)

TODOS.- ¡Ah!

PANCHO.- (A MERCEDES.) ¡Señora! Aprenda usted. Cuando en las obras de los hombres se desliza algún yerro supino, la Providencia cuida de redactar la fe de erratas.

LAURA.- ¿Qué?

PANCHO.- Nada, hija... que... no se trata de mí. (Conmovido.)

LAURA.- ¿Pues de quién?

CRIADO.- (Anunciando.) El señorito don Ricardo. (Vase.)

TODOS.- ¡Ah! (Pausa.)

PANCHO.- (Aparte.) (Ahora, corazón, a ver cómo se grita con fuerza: «¡abajo los tiranos!»)

Escena IV

Dichos y RICARDO.

RICARDO.- (Grave.) Extrañará usted sin duda mi presencia en esta casa.

ANTONIO.- ¡Oh! No. Hable usted.

RICARDO.- Ignoro si debo... (Mirando a PANCHO.)

PANCHO.- (A RICARDO.) Por mí no dudes.

RICARDO.- Por recomendación de usted he recibido la credencial de un cargo que acabo de rehusar en este momento. ¿Me será lícito inquirir con qué derecho se añade el insulto a la humillación?

ANTONIO.- (Aparte.) (¡Oh!) (Alto.) ¡Ricardo!...

PANCHO.- Sí, siéntate, porque la cosa promete ser larga y abundante en emociones que pudieran hacerte oscilar. (Todos se sientan.)

ANTONIO.- (Balbuciente.) ¡Yo!... ¡Siento un rubor!...

PANCHO.- ¿Un rubor?... Vamos, pues allá voy yo. Figúrate que mi tío desde esta mañana está arruinado.

RICARDO.- ¡Ah!

ANTONIO.- Sí, es cierto.

PANCHO.- Y que en el instante en que la imaginación le reproduce el lúgubre cuadro de su porvenir con una hija y una esposa, que inconscientemente se van a ver sumidas en los horrores de la indigencia, vienen a anunciarle que un tío suyo ha tenido a bien hacer rumbo a la eternidad, dejándole por heredero de su fortuna. El amor paternal por un lado, el egoísmo por otro y... (Mirando a Mercedes.) la serpiente entre los dos, han hecho que por defender este su último baluarte haya originado un rompimiento contigo. Pero como las cosas cuando se hacen en ayunas siempre salen mal, cádate que a mi tío le dan remordimientos, y para destruirlos, te manda esa credencial, diciéndote: «Comamos,» si bien dándote en el banquete la participación que el gitano del cuento dio a su compadre cuando le propuso comprar en mancomunidad un cigarro, «que fumaremos,» decía, «entre los dos.» «Yo chuparé y tú escupirás.»

ANTONIO.- ¡Ricardo!

RICARDO.- Basta. No tiene usted necesidad de disculparse a mis ojos. Evítela usted las privaciones y me doy por satisfecho. No me debe usted nada. (Levantándose.)

LAURA y MERCEDES.- ¡Ah!

ANTONIO.- ¡Alma noble y generosa!

PANCHO.- Siéntate, hombre, siéntate; no seas impaciente. Falta la segunda parte y... nunca segundas partes fueron buenas. Figúrate que el tío en cuestión era un avaro que enterraba su dinero; en la ilusión sin duda de que al calor de la tierra, pudiera reproducirse como las plantas tuberculares. Pues bien, al morir se creyó que se propuso anticipar a su sobrino el usufructo de su disposición testamentaria. Nada de eso, paralizó repentinamente su aparato vital por ahorrarse el disgusto de convencerse de que le había sido robado hasta el último maravedí.

RICARDO.- ¡Cómo!

PANCHO.- Como lo oyes.

RICARDO.- De modo que... (Mirando a LAURA.)

PANCHO.- «Los dineros del sacristán cantando se vienen y cantando se van.» Es decir que mi tío creyó ponerle un puntal a su edificio y el puntal era de caña.

RICARDO.- (Aparte.) (¡Laura en la miseria!)

ANTONIO.- Poco me importa la ruina si encuentro la compensación en la tranquilidad de mi conciencia.

MERCEDES.- (Aparte.) (Palabras, palabras y palabras.) (Pausa.)

RICARDO.- Señor de Viniegra, tengo el honor de pedirle a usted la mano de su hija.

TODOS.- ¡Ah!

ANTONIO.- (Conmovero por la alegría.) Y yo tengo el inmenso placer de considerar a usted desde este momento como hijo mío.

LAURA.- ¡Padre de mi alma! (Todos se levantan.)

PANCHO.- (Aparte.) (Serán felices. Se aman, y el amor come tan poco...)

MERCEDES.- (Aparte.) (¡Yo no puedo más!)

PANCHO.- (Mirando a MERCEDES.) (¡La serpiente se enrosca!)

MERCEDES.- Señores: no quisiera turbar con mis palabras la alegría de que todos se encuentran poseídos; pero a título de madre me permitiré hacer una observación. El amor es un sentimiento que todo lo poetiza y embellece, ¿pero encuentran ustedes justo que cuando nuestro esplendor acaba de desaparecer, sacrifiquemos a nuestra hija a las consecuencias de un irreflexivo arranque de corazón? ¡Hablemos francamente y discurramos un poco con la cabeza! ¿Cuál va a ser su porvenir? ¿Qué van a hacer estas dos criaturas?...

ANTONIO.- ¡Mercedes!

PANCHO.- Poco a poco. Sentémonos. (Se sientan.) La tía tiene razón.

MERCEDES.- ¡Y tanta!

ANTONIO.- Pero...

PANCHO.- Silencio. Vamos a ver. (A RICARDO.) ¿Tú con qué cuentas?

RICARDO.- Con mi trabajo.

PANCHO.- Poco es.

MERCEDES.- Y tan poco.

RICARDO.- Con él, no obstante, señora, he adquirido ya la base de un pequeño capital.

MERCEDES y ANTONIO.- ¡Cómo!

RICARDO.- Hoy he vendido dos cuadros.

MERCEDES.- ¡Ah! ¿Sí?

ANTONIO.- (Mirando a su hija.) Pero creo que el comprador ha cambiado de propósito.

LAURA.- (Aparte.) (¡Ah!)

PANCHO.- ¿Qué está usted diciendo? Tenga usted la bondad de no comprometer el buen concepto de que gozo como admirador de las artes y como persona solvente. Los cuadros son míos, y la prueba es que voy a satisfacer su importe. (Saca todos los billetes y se pone a contar una suma.)

MERCEDES.- (Aparte.) (¡Qué oigo!)

ANTONIO.- (Aparte.) (Es mucho hombre.)

RICARDO.- No urge...

PANCHO.- ¡Qué sabes tú!

LAURA.- (Enjugándose una lágrima.) (¡Pobre Pancho!)

PANCHO.- (Viéndola llorar y aparte.) (¡Llora!) (Alto a RICARDO.) ¡Ah!... ¡Se me olvidaba!... No te he comprado más que el Invierno y el Verano, y como comprenderás, yo no puedo pasar el año con dos solas estaciones. Por consiguiente, son más la Primavera y el Otoño.

TODOS.- ¡Ah!

RICARDO.- Como quieras; pero supongo que serás más módico en tu ofrecimiento.

PANCHO.- No señor, no; te daré lo mismo. ¿Te había de pagar yo más baratas las épocas, en que siendo más perfecto el estado de la salud se economiza uno todos los dispendios con que abruma a la humanidad doliente las estaciones extremas? (Sigue

separando billetes y dice aparte.) (Ojos que te vieron ir: ¿cuándo te verán volver? El estómago defiende su imperio palmo a palmo: revolucionario, (Por el corazón.) dale un susto. (Cantando.) «¡Si Torrijos murió en un cadalso!»...) (Alto y dando a RICARDO un paquete de billetes que éste deja sobre la mesa sin tocarlos.) Toma.

RICARDO.- (A MERCEDES y mirando conmovido a PANCHO, comprendiendo que todo lo hace por protegerle.) Ya ve usted, señora... que la fortuna me sonrío.

MERCEDES.- Pero esa suma... ¿Cuánto monta eso?

PANCHO.- Diez mil duros, querida tía.

MERCEDES.- No es una cantidad despreciable... Pero su interés medio apenas sí les dará para mal vivir.

ANTONIO.- (Aparte.) (Es mucho cuento.)

RICARDO.- Ciertamente; ¡pero con mi trabajo!... Además, si nos reducimos un poco creo que será lo bastante para los cuatro.

TODOS.- ¿Eh?

LAURA.- (A RICARDO.) ¡Oh! Gracias.

MERCEDES.- (Desconcertada.) ¿Para los cuatro?

ANTONIO.- ¡Hijo! ¡Me corroe la vergüenza! (Afligido.)

PANCHO.- (Aparte.) (¡Bien por el mozo!) (Se enjuga una lágrima y dice en voz alta.) Mira, Ricardo, también me quedo con la batalla de las Navas; pero ese cuadro como es muy grande no te le compro por menos de diez mil duros.

RICARDO.- ¡Pancho! (Todos tienen el llanto en los ojos.)

PANCHO.- ¡Qué!

RICARDO.- Que te extralimitas, atribuyendo a mis obras un valor de que carecen.

PANCHO.- ¿Tú te burlas? Un lienzo con más de cincuenta caballos y el rey Alfonso con unos recamos de oro en el traje que valen un dínaral. En fin, chico, a ti no te importa: mis medios me lo permiten. (Contando billetes.)

RICARDO.- (Con intención.) ¡Ea!... pues tú lo quieres.

LAURA.- ¡Madre de mi alma! ¡Padre mío! No nos separaremos nunca, y en cambio de los sacrificios que habéis hecho por mí, yo os daré el espectáculo de mi felicidad y juntos

bendeciremos... (Mirando a PANCHO que la contempla conmovido.) a la Providencia, que sabe colmar de dones a los mismos que la ofenden.

PANCHO.- Chico... también te compro el...

RICARDO.- Basta, Pancho, basta... (Abrazándole.) He callado hasta ahora, pero ya no puedo más. (Llorando.) Yo beso la mano que me tiendes, y la limosna que me otorgas y que me ofendería por mí, yo la acepto por ella, sí, sólo por ella.

PANCHO.- (Aparte llorando.) ¡Por ella!...) (Alto cambiando de tono y echando sobre la mesa todos los billetes.) Mira... ¡Píntame todo eso!

TODOS.- ¡Ah!

LAURA y RICARDO.- ¡Pancho!

ANTONIO.- (Aparte a PANCHO.) ¿Pero qué va a ser de ti?

PANCHO.- Me consagraré al comercio de cuadros, que es lo único que me falta que hacer. (A LAURA y RICARDO.) Y bien ¿sois felices?

LOS DOS.- (Aturdidamente.) ¡Mucho!

PANCHO.- ¡Mucho!... ¡Ah! (Aparte tratando de dominar su emoción, pero cediendo a ella y cayendo sobre una silla. Todos le rodean.)

TODOS.- ¡Pancho!

Escena V

Dichos y el DOCTOR.

DOCTOR.- ¿Qué ocurre? ¿Algún nuevo ataque? ¿A ver? (Tratando de pulsarle.)

PANCHO.- (Poniéndose en pie y sonriendo.) No es nada, no... ¡El estómago!...

DOCTOR.- ¡Citrato!

PANCHO.- ¡Quiá!... (Con amarga sonrisa.) Lo mío es cáncer.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo